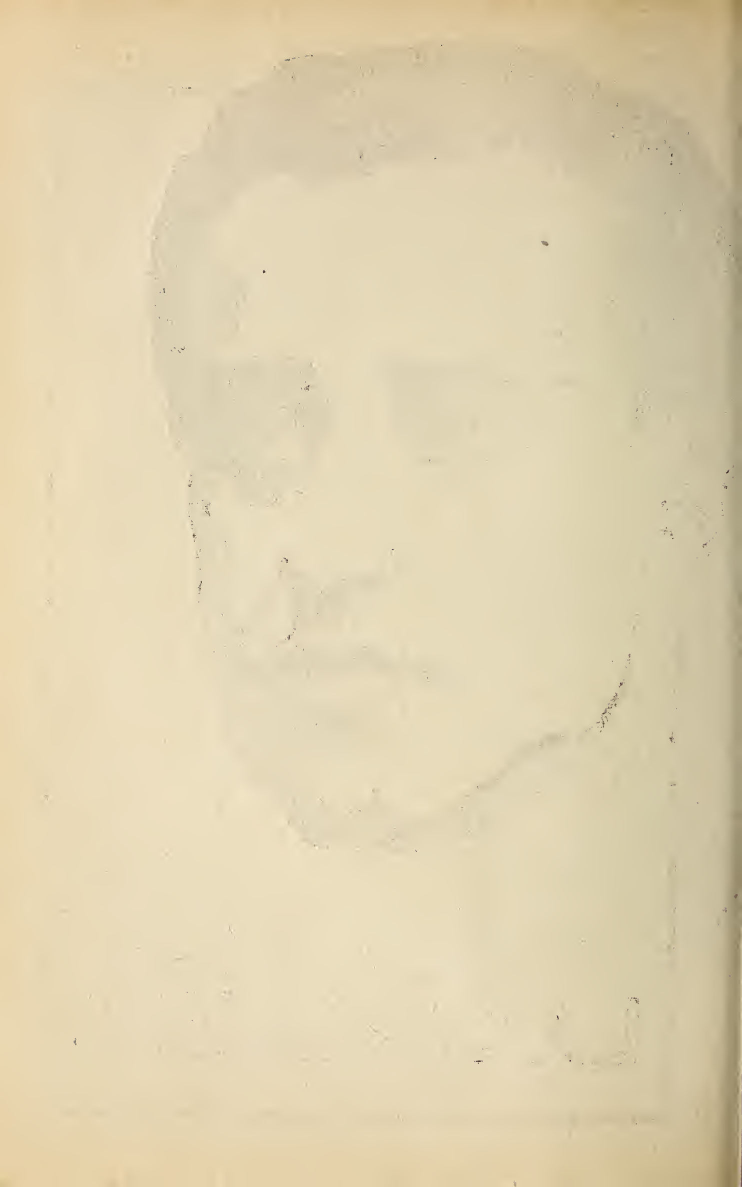
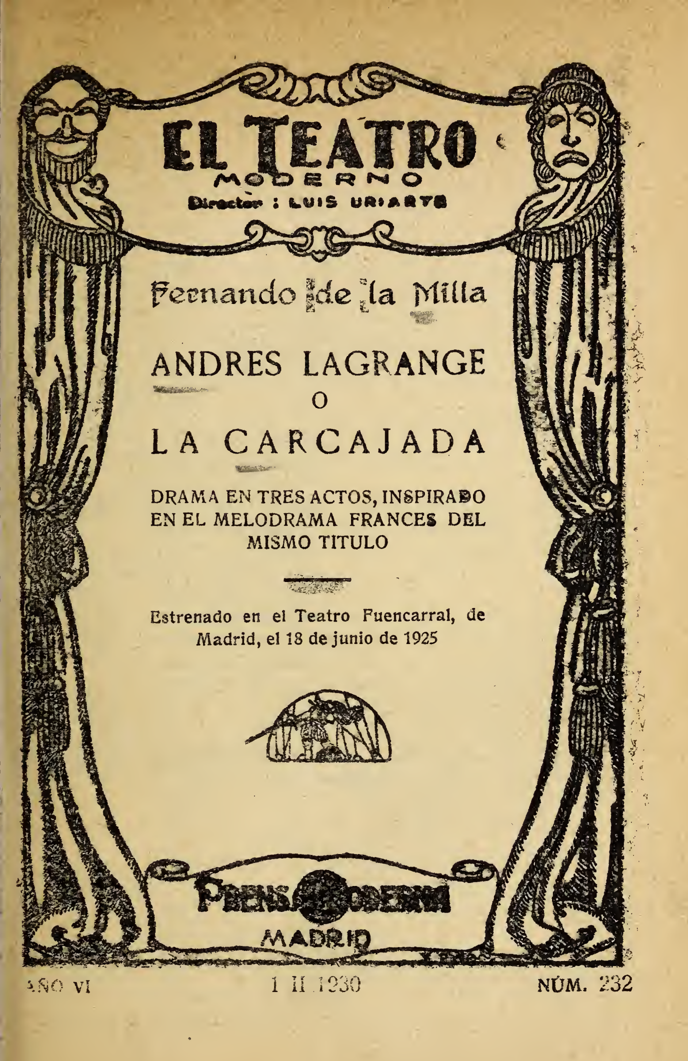

EL TEATRO
MODERNO
L. BALLESTER
F. DE LA MILLA
LA CARCAJADA





AÑO VI 1 II 1930 NÚM. 232

REPARTO

PERSONAJES

Adela (23 años)... ... ...
Madame Lagrange (44 ídem)... ...
Magdalena (50 ídem)... ... ...
Andrés Lagrange (25 ídem)... ...
Leopoldo (24 ídem)... ... ...
Celedonio (50 ídem)... ... ...
Doctor Bascary (50 ídem)... ... ...
Vidart (45 ídem)... ... ...
Esteve (45 ídem)... ... ...
Luis (Napoleón) (30 ídem) ... ...
Alberto (30 ídem)... ... ...
Juan (40 ídem)... ... ...

La acción en una pequeña ciudad francesa. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete. Paredes claras. Puerta al fondo y laterales. A la derecha del foro, una ventana, por la que entra mucha luz, y con tal de que entre por ella mucha luz, me es igual que dé a la calle, a un jardín, o a donde ustedes quieran. Sírvanse poner a la derecha una butaca o un sillón confortable.

Bueno, estamos en primavera. Son las dos de la tarde. Figúrense el Sol que debe entrar por la ventana. Ya que el drama es bastante sombrío, vamos a darle, en lo exterior, toda la claridad que nos sea posible.

(La escena sola. Suena el timbre del piso. Entra Magdalena por la derecha y sale por el mismo lado del foro. En seguida vuelve a entrar, acompañada de Adela.)

MAG. Pase, pase usted, señorita.

ADELA. *(Vestida modesta.)* Muchas gracias... Pero era sólo un momento. Y la señora, ¿cómo sigue? *(No puede disimular su inquietud. De vez en cuando mira a la puerta del fondo.)*

MAG. Mal, muy mal. Es un dolor, señorita Adela.

ADELA. Yo no sé, pero juraría que ustedes se acobardan demasiado.

MAG. Dios la oiga, señorita... Pero nosotros, ¿qué hemos de hacer? No sabemos más que lo que dice el médico, y el médico, por lo visto, no quiere darnos esperanza. ¿Qué le pasa a usted? ¿Espera usted a alguien?

ADELA. No, no es nada. Estoy un poco nerviosa... Y las noticias que me da usted no son para tranquilizarme, precisamente.

MAG. ¿Quiere usted que llame al señorito Andrés?

ADELA. No... Ya le digo... No he entrado más que para saber de la señora.

MAG. ¿Nada más?

ADELA. Vamos, Magdalena, podía usted creerlo. Las circunstancias no son para pensar en otra cosa.

MAG. Perdone la señorita, pero, para mí, la juventud es siempre la juventud. Esta es una idea mía que nadie sabrá nunca arrancarme de la cabeza. ¿Llamo al señorito Andrés?

ADELA. (*Sonriendo.*) No, no le llame... Vea usted: este instante de buen humor suyo me merece más crédito sobre la salud de la señora que las malas noticias que acaba usted de darme. Cuando me ha dicho usted que la señora seguía muy mal, me hizo mucho peor efecto el tono en que me lo decía que la misma noticia.

MAG. ¿Por qué?

ADELA. Porque usted ha sido siempre la alegría de la casa. Porque aun en los momentos más desesperados ha sabido usted, como nadie, levantar los espíritus con sus dichos, con sus ocurrencias, con ese bendito buen humor que Dios le ha dado.

MAG. No es oro todo lo que reluce. La procesión anda por dentro Pero, ¿qué quiere usted? Muchas veces no sabe nadie los esfuerzos que tengo que hacer para alegrar la casa y animar a la madre, y al hijo, y fingir una alegría que sería imperdonable que sintiera; y reir y bromear, cuando, verdaderamente, de lo que tengo gana es de echarme a llorar como una criatura, y desesperar del cielo y de la tierra, y... no sé lo que voy a decir; porque la verdad de todo esto es que la señora se nos va y no basta todo nuestro cariño para retenerla.

ADELA. Vaya, vaya, no hay que desesperar nunca. Y usted sea la de siempre, la que anime a todos. Es su primera obligación es esta casa... Bueno, me marcho.

MAG. Voy a abrirle. (*Se dirigen las dos hacia el fondo; antes de llegar a la puerta suena el timbre.*)

ADELA. (*Retrocediendo.*) ¡No abra usted! ¡Escóndame antes en cualquier sitio!

MAG. Pero ¿qué pasa?

ADELA. Seguramente es Leopoldo, el compañero de oficina de Andrés. No quiero que me vea.

MAG. ¿Que no la vea? ¿Por qué?

ADELA. Por evitar disgustos... Yo venía ahora de la calle, y él venía siguiéndome y ensartando una serie de tonterías... Ya le conoce. Es un poco desaprensivo.

MAG. No, es un sinvergüenza. (*Vuelve a sonar el timbre.*)

ADELA. ¡No abra usted!

MAG. ¿Cómo que no? Ese, sin duda, no sabe... Verá usted si yo le pongo al corriente. A mí las cosas claras y el chocolatito espeso, y con mojicones, que sabe mejor. Verá usted ahora. (*Sale por el foro derecha y vuelve a entrar en seguida.*) Pase usted, pase usted, corazón.

LEOP. Buenas tardes. ¿Y la enferma? ¿Cómo ha pasado la noche?

MAG. Mejor que usted... Porque ella, mal o bien, se la ha pasado en casa, y usted, seguramente, se la ha pasado de juerga.

LEOP. Me está usted calumniando delante de esta señorita.

MAG. ¿Delante, eh? Pues ya le he calumniado antes por detrás.

LEOP. Muchas gracias.

MAG. No hay de qué.

ADELA. Yo me retiro... La dejo a usted con este caballero.

MAG. ¡Ah, eso sí que no! A mí no me deja usted sola con este caballero. No por lo que me pueda pasar a mí, sino por lo que le pueda pasar a él.

LEOP. Usted, Magdalena, siempre bromeando.

MAG. Ah, ¿se cree usted que hablo de broma? Pues figúrese entonces cómo lo haré cuando hable en serio. Bueno, por lo pronto me permitirán ustedes que les presente... Sí, porque no está bien que estemos aquí tres hablando y haya dos que no se conozcan. En fin, vamos a ver cómo me

sale, porque es ésta la primera vez que presento a alguien (*Por Adela.*) a nadie (*Por Leopoldo.*) La señorita Adela Tarride, novia—mucho ojo, ¿eh?—novia de mi señorito Andrés, y dedicada a las labores propias de su sexo. Y el señor Leopoldo... ¡Ay, cómo se llama! ¿Cómo se llama usted? ¿El señor Leopoldo?...

LEOP. Vamos, Magdalena, si no por mí, hágalo por esta señorita. Nadie la hà autorizado a crear una situación tan violenta.

MAG. (*A Adela.*) No le haga caso. Todo porque no quiere decir cómo se llama. Lo diré yo: el señor Leopoldo Cabezón, descendiente de españoles, compañero de oficina de mi señorito Andrés, juerguista, tenorio de profesión, jugador empedernido y mala persona.

LEOP. Perdóneme usted, señorita, y permítame que me sincere. Ya debe usted comprender que si la he seguido y la he dicho unas cuantas naderías por la calle, ha sido porque no sabía que usted y mi amigo Andrés se hallasen unidos por ningún género de relaciones. Sabía, sí, que eran ustedes vecinos, que vivía usted en su misma casa...

MAG. Poco a poco; la señorita Adela vive, sí, en su misma casa, en su misma casa... de ella, en el piso de enfrente.

ADELA. Después de todo no tiene importancia. Ya suponía yo que de haber sabido usted...

LEOP. Puede creerlo.

MAG. No lo crea y eso saldrá ganando. (*Entra Andrés por la derecha.*)

ANDR. Hola. ¿Ustedes aquí? Y tú, Adela, ¿cuándo has venido? ¿Cómo no me han avisado?

ANDR. Figúrate. ¿Para qué? Sólo he venido a preguntar por tu madre.

LEOP. ¿Sigue lo mismo?

ANDR. Igual.

LEOP. Yo... ya comprenderás tú, no he venido a otra cosa; a preguntar también por ella.

ANDR. ¿Y sólo por eso has hecho una escapada de la oficina? ¿A quién has dejado en Caja?

LEOP. A nadie. Es la una y media... Y hoy es sábado. La Caja se ha cerrado a la una, y nosotros saldremos a las dos, como siempre. Yo vengo del Banco ahora, sino que, al pasar... como la oficina está a dos pasos...

MAG. Sí, sí... Ya, ya...

LEOP. ¿Qué te parece? Nada, hay que confesar que Magdalena me quiere muy poco.

MAG. Se equivoca usted. No le quiero nada.

LEOP. ¡Qué horror! Es usted un enemigo implacable.

ANDR. (*A Magdalena.*) Vamos, mujer... (*A Adela.*) Así están siempre. Alguien diría que regañan de veras.

MAG. No, y es de broma.

ANDR. Y a todo esto, ¿ustedes no se conocen?

ADELA. Sí, nos acaba de presentar Magdalena. Una presentación muy graciosa... Pero, en fin, ya estamos presentados.

MAG. Por lo menos, ya no hay confusiones, ¿verdad, señor Cabezón?

ANDR. (*Un poco extrañado.*) ¿Qué dices?

MAG. Yo sé lo que me digo, pero que muy requetebién.

ANDR. (*En tono suave de reconvención.*) Magdalena, mi madre está sola...

MAG. Lo que tú quieres es que me vaya. Vamos para adentro. Señorita Adela, hasta ahora.

ADELA. Hasta ahora.

MAG. (*A Leopoldo.*) Muy señor mío... (*Sale derecha.*)

ANDR. Bueno, tú no harás caso a Magdalena. Ya la conoces... Estas criadas viejas que le hablan de tú a toda la familia, son insoportables, pero no hay más remedio qe soportarlas.

LEOP. Bah, no te preocupes... Oye, ¿tú irás ya el lunes a la oficina? Tienes permiso hasta el lunes, ¿verdad?

ANDR. Sí, pero si esto sigue lo mismo...

LEOP. Ahora, cuando salgamos, te traeré las llaves de la Caja.

ANDR. Pero ¡qué manía! ¿Por qué?

LEOP. Porque yo te estaré reemplazando estos días como cajero, pero créeme, que quiero sentirme cajero las menos horas posibles del día. Lo dicho, hasta ahora. Señorita... (*Estrecha la mano que Adela le tiende.*) Ea, muchacho, adiós. Que haya alivio.

ANDR. Gracias, adiós. (*Sale Leopoldo por el foro.*) ¿Qué quiso decir antes Magdalena?

ADELA. ¿Cuando dijo que con la presentación ya no había confusiones. Nada, tonterías. Es que... tu compañero Leopoldo ha entrado a estas horas aquí, porque venía siguiéndome. Me encontró en la calle...

ANDR. Hombre, muy bien.

ADELA. En parte la culpa es nuestra.

ANDR. Tú dirás.

ADELA. Claro, es la consecuencia del secreto en que tenemos nuestras relaciones.

ANDR. No, en secreto, no... Es que nuestras relaciones han empezado en momentos muy críticos y muy dolorosos para mí. Tu noble, tu santo interés por mi madre es lo que verdaderamente nos ha unido. En estas circunstancias, ¿a quién iba a decir yo?... Ya ves: ni mi misma madre sabe nada. (*Pausa. Está sentado en el sillón de la derecha. En un gesto que tiene tanto de resignación como de esperanza, deja caer rendida la cabeza entre las manos.*) ¡Mi pobre madre!... ¡Es horrible!

ADELA. (*En pie, al lado de Andrés, acariciándole la cabeza dulcemente.*) Vamos, Andrés, no te desesperes.

ANDR. ¿Tú sabes? No es sólo su enfermedad lo que me atormenta... Es, además, mi impotencia para remediarla.

ADELA. Tu impotencia... Vamos, no hables así. ¿Qué podrías hacer tú?

ANDR. ¿Que qué podría hacer yo? ¿Que qué podría hacer yo? Por lo menos, todo lo que pueda hacer un hombre para lograr convencerme de que

si se me muere mi madre es porque Dios lo quiere, ¡porque Dios inexorablemente lo quiere! Pero no porque no supe buscarle el remedio que le devolviera la salud y la vida. ¡Este es mi mayor martirio, esto es lo que me desespera hasta enloquecerme, esto es lo que me hace dudar de todos y de todo!

ADELA. No digas esas cosas. No hables así.

ANDR. ¡Ah!, ¿pero creerás todavía que mi desesperación no es justificada? ¿Cómo me resignaré mientras piense un momento que hay una esperanza de salvación en un remedio que está fuera de mi alcance? ¡Oh, qué asco! Todo es uno y lo mismo. ¡Miseria!... ¡Miseria!...

ADELA. Tú has hecho siempre cuanto estuvo en tu mano por que esa miseria no llamara a las puertas de tu casa...

ANDR. (*Sombrío.*) Dices bien. (*Muy despacio, recalcando sarcásticamente la frase.*) Yo hice siempre cuanto estuvo en mi mano por que esa miseria no llamara a las puertas de mi casa... Y, sin embargo, llamó... y logró entrar... ¿Por qué? Hasta aquí mi conciencia no me remuerde de nada.

ADELA. Naturalmente.

ANDR. Escucha. Tú sabes cómo yo he luchado con la vida desde la muerte de mi padre. Tú sabes también que mi padre fué una cigarra imprevisora... Murió él y me encontré yo, yo, un señorito inútil y ocioso, frente a la espantosa realidad de tener que sacar adelante una casa irremediablemente hundida como la nuestra. Ni aun la venta de las acciones de la fábrica fué suficiente para saldar todas las deudas contraídas. Sin embargo, yo, el señorito, se hizo un hombre útil y supo justificar un sueldo. Sí, ya sé, un sueldo de oficina no es para vanagloriarse mucho... Pero yo, de momento, no servía para otra cosa. Después la enfermedad y la muerte de mi hermana... Después, aún, los últimos gastos de la carrera de mi hermano, facilitarle su

viaje a América... Todo, todo a costa de un esfuerzo insuperable. Pero luché y vencí... Es decir, creí vencer, porque ahora, cuando creía poder enorgullecerme de mi triunfo, ya lo ves: la enfermedad de mi madre agota mis últimos recursos, y la miseria, la implacable miseria, llama a mi puerta, y lucha conmigo, y me vence y me aniquila.

ADELA. Tú mismo acabas de decirlo: al menos, la conciencia no te reprocha nada.

ANDR. No me ha reprochado nada hasta este momento; desde este momento en adelante, sí.

ADELA. Bueno, eso es empeñarte en querer ser injusto contigo mismo.

ANDR. No, en este instante mi conciencia me dice: no eres un hombre.

ADELA. ¡Otra vez! Pero ¿qué puedes hacer tú?

ANDR. ¡Ser un hombre, te digo!

ADELA. ¿Y qué te falta para serlo?

ANDR. ¡Lograr el dinero para salvar a mi madre, por los medios que sean; ¿tú entiendes?, por los medios que sean!

ADELA Andrés, Andrés, ¿qué quieres decirme? ¡Tú has hecho una locura!

ANDR. ¡Por la memoria de mi padre, que no!

ADELA. ¿Estás dispuesto a hacerla?

ANDR. ¡Por la memoria de mi padre, que sí!

ADELA. ¿Crees que, de verdad, has agotado todos los recursos?

ANDR. Todos.

ADELA. ¿Y tu hermano? En Méjico se ha creado una gran posición.

ANDR. De él sí puedo esperar... Pero desgraciadamente, no tengo tiempo para esperar.

ADELA. ¿Qué dice el médico?

ANDR. Que es necesaria una operación.

ADELA ¿Y ha de ser inmediatamente?

ANDR. Eso es lo que me ha de contestar hoy. (*Pausa.*)

ADELA. Perdóname, Andrés, pero... contéstame... ¿Para lograr ese dinero has pensado... hay que decirlo todo... en la Caja de tu oficina? ¿Vas a to-

mar de ella una cantidad sin autorización de tus jefes... aunque creas casi seguro el giro de tu hermano? ¿Tú sabes a lo que te expones?

ANDR. Me da lo mismo.

ADELA. Pero es que, de cualquier manera, si lo que dice el médico es inaplazable... Yo comprendo que a ti te sea muy doloroso, pero ante una realidad como ésta...

ANDR. No sigas... ¿El hospital? No. ¡Será éste un prejuicio imbécil, una preocupación idiota, pero mi madre al hospital, no! He luchado yo mucho, he sufrido yo mucho para ver coronada mi obra con el espectáculo de mi madre en una cama de hospital. ¡No, y mil veces no!

ADELA. Como quieras. Yo comprendo tu dolor de hijo; yo comprendo tu desesperación; yo lo comprendo todo; pero comprende tú también que yo no puedo aconsejarte de ninguna manera esa locura.

ANDR. (*Exaltándose.*) ¿Y qué hacer? ¡Indícame un medio, dame un rayo de luz!

ADELA. Es que lo que piensas hacer tiene un castigo.

ANDR. ¡No importa! ¡Es mi madre!

ADELA. Es tu deshonra para siempre.

ANDR. ¡Es mi madre!

ADELA. Es destrozar tu vida.

ANDR. ¡Por mi madre!

ADELA. Calla... Un momento... Sí; tu madre y Magdalena. Me voy.

ANDR. Perdóname, sí; es preferible... ¡Qué quieres! Aún no me he atrevido a hablarle de ti.

ADELA. Hasta después.

ANDR. Adiós. (*Sale Adela apresuradamente por el foro derecha. Entra por la derecha madame Lagrange, apoyada en el brazo de Magdalena. Anda trabajosamente.*)

M. LAG. ¡Digo! ¿Todavía estás aquí?

ANDR. Sí; me he entretenido leyendo el periódico. (*Muestra uno doblado que lleva en el bolsillo.*) No tengo prisa ninguna. Ya te lo dije: iba solo a dar una vuelta por ahí, aprovechando la her-

mosura del día, y aprovechando que estás mejor. ¡Que estás mucho mejor, mamita! ¡Casi buena!

M. LAG. (*Se sienta, siempre ayudada por Magdalena, en el sillón de la derecha.*) Mucho mejor. Mucho mejor. Ya lo creo.

ANDR. No, no; de verdad. ¿Lo dices porque lo sientes o por darme ánimos a mí? A mí, que me sobran; tan seguro estoy de tu mejoría.

MAG. Pero ¡qué preguntas tiene este niño! ¿Por qué lo va a decir? Pues, ¿no la estás viendo? Porque se siente ya buena. Mira qué cara, mira qué colores, mira qué tipo.

ANDR. Sinceramente... Tienes otra cara. Ayer me lo decía el señor Bascary: "No te apures, Andresillo; esto marcha, esto marcha."

M. LAG. Bueno, hijo mío; anda, sal y aprovecha estos días de permiso. Tienes razón... El día está muy hermoso y, de verdad, me siento muy mejorada.

ANDR. Sí, me marcho. Ea, hasta ahora. (*La besa en la frente.*)

M. LAG. (*Reteniéndole asido por una mano.*) Andrés...

ANDR. ¿Qué te pasa?

M. LAG. ¿Vas a disgustarte?

ANDR. Contigo nunca.

M. LAG. ¿Cómo andas de tus nervios?

ANDR. Muy bien. No los siento apenas.

M. LAG. Mira, hijo mío, que aquí, en último caso, el verdadero enfermo eres tú, y nadie más que tú el que verdaderamente tiene que cuidarse.

ANDR. (*Bromeando.*) ¿Vamos a hacernos una competencia de enfermos?

M. LAG. ¿Duermes mejor? ¿Pasaron esos terribles insomnios?

ANDR. Desde que se ha iniciado tu mejoría duermo como un bendito.

M. LAG. Me dijo ayer el señor Bascary que, por ahora, no tienes más que un principio de anemia cerebral... Nada serio, figúrate... Pero que había que cuidarse.

ANDR. Bueno; pues te prometo no morirme.

M. LAG. No bromees. Sufres ahora—parece monstruoso decirlo, pero es lo cierto—, sufres ahora las consecuencias de tu buena conducta. Has trabajado tanto, has luchado tan horriblemente por sacar esta casa adelante... La naturaleza se cobra siempre.

MAG. Pues es el único recibo que no han traído aquí nunca. Y como me lo presenten a mí, armo un escándalo.

ANDR. Ea, a no preocuparse... Ni por ti ni por mí.

MAG. Y a mí que me parta un rayo.

ANDR. Tú eres más fuerte que una encina.

MAG. Sí, ya sé por lo que me lo dices: porque me sacuden y echo bellotas, ¿verdad?

ANDR. ¡Qué mala intención de mujer! Hasta luego.

M. LAG. Adiós, hijo; adiós. (*Vase Andrés por el foro.*)

M. LAG. Este hijo mío, más que mi enfermedad, es mi verdadera preocupación.

MAG. Vaya, no digas. Andresito está mejor que nunca.

M. LAG. No lo creas. Esos nervios le martirizan mucho. Vive en una inquietud perpetua. Esas noches de insomnio... Sus exaltaciones... ¿Pero no le ves? Por la menor cosa se sofoca, se irrita... A veces me da miedo... ¡Pobre hijo mío!

MAG. ¡Rechinchones, que no se gana en esta casa para sustos! Tú con tus males, el niño con sus nervios. ¿Pero cuándo va a haber un poco de tranquilidad en esta casa? Y si vas a verlo bien, la culpa no es más que vuestra.

M. LAG. ¿Ganas de quejarnos?

MAG. Ni más ni menos. Ni tú estás mala, ni tu hijo nervioso, ni aquí le duele nada a nadie, si no es a mí. Porque, vamos a ver: ¿tú qué tienes? ¿Quieres que te lo diga de una vez?

M. LAG. Di lo que quieras.

MAG. ¿Por qué crees tú que te duele el estómago?

M. LAG. Yo lo sé; pero me da horror pensarlo siquiera.

MAG. ¡Que te da horror, que te da horror! Pues yo te lo voy a decir. Tu estómago se queja de abu-

rrimiento, de que lo tienes mano sobre mano, hace más de cuatro meses. Y es lo que dice el hombre: "Eh, comadre; o me echa usted algo por el tubito, o presento la dimisión de mi cargo." Lo que hace falta aquí son recetas para el carnicero, y no para el boticario. El boticario, otro que tal baila.

M. LAG. ¿También vas a meterte ahora con el boticario?

MAG. ¿Y tú crees que el muy ladrón no se lo merece?

M. LAG. ¡Pobre hombre!

MAG. ¿Pobre hombre? Mira, te voy a contar una cosa. Sé que voy a salir perdiendo; pero ya te la digo.

M. LAG. Cuenta, mujer, cuenta. Mientras te oigo me olvido de mis males.

MAG. Ese bandido despacha todo lo que se le pide El lo tiene todo en la botica. Verás tú. ¿Por qué me mandaron ustedes ayer por la tarde?

M. LAG. ¿Sin receta?

MAG. Sin receta.

M. LAG. Por "Lithinés del doctor Gustín", me parece.

MAG. Eso es. Bueno; pues figúrate tú... Yo, con ese nombrecito y con la cabeza que tengo... Llego a la botica, me hago un lío, y en vez de pedir los lithinés del doctor Gustín, voy y le pido las letanías de San Agustín. ¡Bueno, pues me las despachó! ¡Y tú las estás tomando!

M. LAG. ¿Cuándo has aprendido esa gracia?

MAG. ¡Ay, anoche mismo! Pero me juré no acostarme hoy sin soltártelo como fuera. Ea; ¿tú lo ves? Ya estoy tranquila.

M. LAG. Bueno; vamos a otro asunto.

MAG. Vamos, con tal de no hablar de enfermedades

M. LAG. ¿La vecinita de enfrente, esa muchachita?...

MAG. Sí; la señorita Adela... No sigas... Es la novia de tu hijo.

M. LAG. Me lo figuraba. Y Andrés, ¿por qué lo oculta?

MAG. Nada, tonterías. Han empezado a hablarse hac un mes, y tu hijo teme que a ti te parezca ma que en estas circunstancias haya tenido humo

para agenciarse una novia. Nada, que tu hijo es tonto del palomar.

M. LAG. ¡Pobre criatura!

MAG. Juraría que Andrés en donde está es arriba, hablando con el capullito. ¿A que acierto? (*Se acerca a la ventana.*) ¿No lo dije? Bueno; pues si lo dije me equivoqué. Es decir, me equivoqué a medias. Está ella sola. Aquí baja.

M. LAG. Llámala. Quiero dar a Andrés una sorpresa.

MAG. (*Golpeando los cristales.*) Niña, ¡pero niña! ¡Ay la niña! Entre usted, sí. Aquí viene. (*Sale por el foro derecha y vuelve a poco por el mismo lado, seguida de Adela.*)

MAG. Aquí la tienes. Pase la mosquita muerta.

ADELA. (*Un poco cortada.*) Buenas tardes, señora. Ya vine antes a preguntar por usted... Sé que está usted mucho mejor.

MAG. ¿Quién se lo ha dicho?

ADELA. Pues usted misma.

MAG. ¿Y quién más?

ADELA. ¿Y quién más?...

MAG. ¡A que a lo mejor resulta que ha sido el señorito Andrés!

M. LAG. Muchas gracias, Adela... Pero acérquese.

MAG. Acérquese, señorita. Ande, niña; vamos allá.

M. LAG. Yo también sé que tengo una vecina muy amable y que se ha interesado por mí vivamente.

MAG. Mucho. Andrés puede decirlo.

M. LAG. Muy bien, muy bien. También sé que usted y mi hijo son los mejores amigos del mundo.

ADELA. Muy buenos amigos; sí, señora.

MAG. La mar de buenos. Novios se llama a eso en mi tierra.

ADELA. (*Sonriendo.*) Vaya... pues, y en la mía, si con ello no disgustamos a nadie.

M. LAG. A nadie, puede creerlo. Y además, estimo en mucho lo que vale esta delicadeza que habéis tenido de ocultármelo por temor a no haber sido muy oportunos al elegir el instante de confesaros vuestro cariño.

ADELA. Esa es la verdad, señora. No sé si por delica-

deza o por cualquier otro sentimiento, para nosotros nuestras relaciones tenían un no sé qué de culpable, casi de irreverente...

MAG. ¡Ay qué pico! Da gusto oírla.

M. LAG. Muchas gracias de todas formas, pero no es para tanto. Y, sobre todo, que los enamorados no eligen el instante de declararse que se quieren. Es el mismo instante el que se presenta solo... Y de improviso casi siempre.

MAG. ¡Arrea tú también! Y que no eres tú tampoco nadie hablando. Pero esto es el cangrejo de los disputados.

M. LAG. ¿Cuándo callarás tú?

MAG. Cuando me muera, y eso si me cierran la boca. Ahora que a mí no me dejan ustedes atrás. Yo también tengo que decir mis palabritas sobre eso de las declaraciones de amor. (*Muy fina, con grandes aspavientos.*) Aquí, mi señora, ha dicho muy bien. El amor y el instante de la declaración es el improviso de la soledad cuando se presenta sin que se le llame... Eso es... Sin que se le llame... ¡Y no sé más!

M. LAG. Y es bastante.

MAG. No, ahora hablando en serio. No se escoge el momento de decirle a nadie: "por ahí te pudras, corazón sin trampa". Ni el momento ni la hora. Ya ven ustedes; a mi difunto Torcuato—que será muy difícil que esté en gloria, porque era más malo que un dolor de Miserere a toda orquesta—, mi difunto Torcuato—¡maldita sea su estampa!—se me declaró cuando menos podía yo esperarlo! En lo alto de un pajar, y a la una y media... a la una y media de la noche. Entonces era un real mozo; luego no valía nada. Pero cuando le conocí tenía un cuerpo muy apañadito. Las manos eran lo único que tenía un poco largas... Palabra de honor.

ADELA. Esta Magdalena es una bendición del cielo.

M. LAG. Para oírla un ratito. Estás de remate... Bueno, llévame a mi cuarto; ya empiezo aquí a sentir frío.

MAG. (*Ayudándola a levantarse del sillón.*) Ea, ajajá. Ya estamos.

ADELA. Yo, con su permiso...

M. LAG. ¿Tiene usted que hacer?

ADELA. No, iba al comercio de enfrente por unos hilos. No tengo prisa.

M. LAG. Entonces, quédese conmigo y daremos a Andrés una sorpresa agradable.

ADELA. Por mí con mucho gusto. (*Suena el timbre de la puerta de entrada.*)

MAG. Vaya, voy a abrir.

ADELA. (*Ofreciendo a madame Lagrange el brazo.*) Apóyese usted en el mío.

M. LAG. Muchas gracias. Vamos a quitarnos cuanto antes de aquí; Magdalena...

MAG. Tú dirás...

M. LAG. Si es alguna visita molesta, que estoy recogida. (*Vanse madame Lagranje y Adela por la derecha. Inmediatamente, antes de que Magdalena haya tenido tiempo de abrir, entran por el foro Andrés y Bascary. Vase Magdalena por la derecha.*)

BASC. Ayer no pude verte; no estabas aquí cuando vine... Hoy, no necesito ver a tu madre para decírtelo.

ANDR. ¿Para decirme qué, señor Bascary?

BASC. ¿A ver, a ver? ¿Qué excitación es ésa? Los nervios en el bolsillo, o me voy, o hablo con tu misma madre, que es más fuerte que tú y sabe afrontar la vida serenamente.

ANDR. (*Dejándose caer rendido en un asiento cualquiera.*) ¡Afrontar la vida!... Nadie con más fortaleza, con más serenidad que yo para afrontarla. Pero me ha vencido. No puedo más. Ha sido más fuerte que yo.

BASC. (*Queriendo quitar importancia a sus palabras.*) Pero ¿adónde vas a parar? ¿Qué te figuras que voy a decirte? ¿Que tu madre está amenazada de muerte? No, criatura. ¿Y la ciencia, va a cruzarse de brazos? Pues no tenemos nada

que luchar todavía para perder la última esperanza.

ANDR. Diga, dígame lo que sea... Sin rodeos, sin palabras inútiles. Hay que decidir y acabar cuanto antes.

BASC. No hay rodeos ni hay palabras inútiles; no voy a decirte nada que, por lo inesperado, pueda sorprenderte. Estaba previsto.

ANDR. ¿Hay que operarla?

BASC. Es necesario. ¿Lo ves? No te sorprende. Ya el otro día te hablé de una probable intervención...

ANDR. ¿A vida o muerte?

BASC. ¡Qué atrocidad! El cirujano actúa siempre—es su deber, es su sagrado deber—esperando que ha de salvar la vida que se le confía. Lo que sí puedo decirte es que yo me considero fracasado y que tenemos que acudir a ese recurso necesariamente y sin demora posible. (*Se oyen los sollozos ahogados de Andrés, que muerde el pañuelo en un gesto de rabia contenida.*)

ANDR. ¿Y qué hacer, si he agotado ya todos los recursos, si he llamado ya a todas las puertas? Es inútil seguir ocultándoselo, pues que usted lo está viendo como nosotros mismos. ¿Qué hacer? ¿Qué hace un hombre...—¡un hombre!—en mi caso? ¿Qué hacen los hijos cuando ven que se les arrebata a su madre por no disponer de lo que a tantos les sobra para sus diversiones y caprichos? Dígame, contésteme. Deme una solución, la más difícil, la más heroica, pero que esté en mi mano, que esté a mi alcance, que yo pueda ir por ella varonilmente, el pecho descubierto, el corazón tranquilo, repitiéndome para darme ánimos, para ni por un instante sentirme desfallecido en la pelea: "¡Hay que salvarla! ¡Hay que salvarla!"

BASC. Pero, señor, qué exaltaciones... Andrés, en serio: situaciones como ésta, o se afrontan con serenidad o se renuncia a afrontarlas.

ANDR. ¿Y quién las afronta por mí? ¡Serenidad, se-

renidad, cuando es la vida de una madre la que se discute! ¡Serenidad, serenidad, cuando me veo vencido y humillado después de haber luchado con todas las armas nobles de que podía disponer! ¡Serenidad! ¡Serenidad!... Pero, ¿y mi desesperación, no está cien mil veces justificada? Será la voluntad de Dios, será la fatalidad, será mi destino; llamadlo como queráis; pero lo que sea, pero quien sea, se ha ensañado conmigo implacablemente, inexorablemente, y ello basta para justificar en mi alma todas las desesperaciones y en mis labios todas las protestas.

BASC. De cualquier forma... Yo, ya te lo he dicho: soy médico, no cirujano. Apenas he ejercido la cirugía y no puedo ofrecerme ni comprometerme a una intervención tan delicada. Pero hijo mío, no vivimos en un desierto. Sobran aquí establecimientos públicos...

ANDR. (*Sonriendo dolorosamente.*) No se canse; es inútil.

BASC. ¡Pero es odiosa esta prevención de la clase media por la asistencia pública, que, a pesar de todos sus inconvenientes, tiene muy bien ganados títulos de que vanagloriarse! (*Suena el timbre de la puerta del piso.*)

ANDR. Como usted quiera, no discutamos. Yo tengo mis razones para que me parezca un escarnio intolerable, ¡intolerable!, ver salir de aquí a mi madre para uno de esos establecimientos de tan bien ganados títulos... No. Además, la primera vez que me habló usted de esto me dió el nombre de un compañero suyo, especialista célebre, según me dijo, en esta clase de intervenciones. (*Sale Magdalena por la derecha y desaparece por el foro. Va a abrir.*)

BASC. Y es verdad. Su historia, por lo menos, es una garantía.

ANDR. Pues a su historia me atengo. Quiero procurarle un nuevo triunfo. Mañana le contestaré definitivamente.

BASC. ¡Andrés, no aplacemos inútilmente lo inaplazable! (*Aparecen por el foro Leopoldo y Magdalena.*)

ANDR. Si le parece mucho, esta misma noche le veré. (*Salen Magdalena y Bascary por la derecha.*) ¿Todo va bien? (*A Leopoldo.*)

LEOP. Todo, afortunadamente. Toma las llaves.

ANDR. Pero, hombre... ¿Todos los días vamos a tener lo mismo?

LEOP. Anda, toma. (*Andrés coge las llaves.*) Lo que estoy deseando es que regrese ya el cajero, o que tú, mientras él no llega, vuelvas a encargarte de la Caja.

ANDR. ¿Por qué?

LEOP. Porque me baila el dinero en las manos. Yo no he nacido para manejar dinero que no es mío. Chico, con la falta que hace siempre el dinero, con lo complicada que es la vida—¡ay, Andrés, las señoras! ¡Ay, Andrés de mi alma, las señoras guapas!—¡Y con el odio que me tienen todos los "croupiers" de la tierra! Andrés, por tu salud, vuelve a encargarte de la Caja cuanto antes.

ANDR. No hables así... Yo te conozco... Eres incapaz... Y esto de entregarme todas las tardes las llaves de la Caja, ya sé que no es más que un exceso de delicadeza...

LEOP. No sé... Ceno más tranquilo sabiendo que están en tu poder.

ANDR. ¿Sigues jugando?...

LEOP. Siempre. Y siempre con una suerte perra.

ANDR. ¡Qué locura!

LEOP. ¿Qué quieres? Soy un perdido y me parece que ya no tengo salvación. Además, como vivo solo, como no tengo obligaciones... ¡Ay, si yo tuviera obligaciones... aunque fuesen del Tesoro!...

ANDR. Tú mismo, tu propia conciencia.

LEOP. Pero si mi conciencia es más sinvergonzona qe yo... ¿Tú sabes? ¡Pues poco revoltosa que

me ha salido a mí la conciencia! No, no es solución... De eso quería hablarte.

ANDR. ¿De qué?

LEOP. Bueno, ha sido una asociación de ideas... Anoche perdí dos mil francos, los que gané el domingo. ¡Dos mil francos! Se dice pronto... Sí, sí... Ponte a contar: uno, dos, tres, cuatro, hasta dos mil. ¡Chiquillo, no se acaba nunca! ¡Bueno, pues con quinientos me desquitaba!

ANDR. No tienes enmienda.

LEOP. Enmienda no sé, pero lo que sí tengo es una combinación infalible. Ahora que, con menos de esa cantidad es hacer el tonto.

ANDR. ¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

LEOP. Hombre, tú... en ausencia del cajero... el segundo cajero eres tú... Un pequeño anticipo. Tú estás autorizado para dar anticipos.

ANDR. Imposible. Tienes ya dos sueldos adelantados.

LEOP. Sí, pero no adelanto nada.

ANDR. Tú mismo comprenderás que yo no puedo.

LEOP. Andrés, te lo juro: el último anticipo; quinientos francos.

ANDR. En serio, Leopoldo; es imposible.

LEOP. Andrés, mira que aunque lo parezca, lo mío no es cosa de juego.

ANDR. ¡Que no puedo, te digo Y basta de bromas. Ya comprenderás que no estoy de humor. Yo soy el más necesitado, pero como también comprendo que todo tiene un límite...

LEOP. Bueno, pero tú...

ANDR. ¿Yo qué?...

LEOP. Tú tienes adelantado más de dos mil francos.

ANDR. ¿Y por qué motivo?

LEOP. Ya lo sé, hombre. Yo no hago más que darte la razón; todo tiene un límite. Bueno, chico, a mala puerta he llamado. Pero es que hay un "croupier" en el Casino, un tío bizco, con una mirada así, oblicua... Hay que mirarlo de perfil para verle la niña... Y luego, hay que ver la niña... Una niña turbia, pocha, casi líquida... ¡Maldita sea su sangre!

ANDR. ¡Qué humor tienes, hijo!

LEOP. Perdona, chico. Se me olvidaba lo principal. ¿Y tu madre?

ANDR. Muy mal, Leopoldo.

LEOP. No me asustes. ¿Qué te ha dicho el médico?

ANDR. Lo que temíamos.

LEOP. (*Sinceramente conmovido.*) Muchacho... Vaya por Dios, hombre... Tienes la negra.

ANDR. Ya lo ves.

LEOP. Y en tu situación. (*Abrazándole efusivamente.*) Andrés... tú me conoces... soy un loco... pero te quiero mucho. Tú sabes que lo que te ocurre lo siento contigo... ¡Que es verdad, Andrés! ¡Que tú sabes que es verdad!

ANDR. (*Estrechándole ambas manos, con profunda emoción.*) ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

LEOP. ¡No te digo más, adiós! (*Sale Leopoldo por el foro. Andrés acompaña a Leopoldo hasta la puerta. Vuelve al centro de la escena despacio, ensimismado, sombrío. Se sienta en cualquier parte, frente al público. Presiente una crisis nerviosa y hace grandes esfuerzos por dominarse. No puede. Empieza a temblar, un temblor que se acrecienta por instantes. Las manos crispadas, se engarfian en el asiento. Pasan unos segundos, y, a la tensión nerviosa, sucede un desmadejamiento absoluto, un abandono de todas sus fuerzas. Las lágrimas resbalan desbordadas, impetuosas, por sus mejillas.*)

ANDR. ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Perdóname! ¡No puedo salvarte! (*Transición.*) ¡No, llorar, no! (*Se enjuga violentamente los ojos con el pañuelo.*) ¡Hay que remediarlo! ¡Hay que afrontarlo! (*Sonriendo sarcásticamente.*) ¿Y vas a afrontarlo tú... tú?... ¡Cobarde! ¡Cobarde! Así, entérate, convéncete... ¡Cobarde! ¡Cobarde! (*Pausa.*) ¿Y vas a dejarla ir a un lecho de hospital? ¿Y vas a dejarla en manos de esos hombres fatídicos, impiadados, endurecidos en el trato del dolor y la muerte? (*Lo que sigue*

muy vivo, como dialogando consigo mismo.) ¡No, basta! —Sí, eres impotente! ¡Te asusta la justicia de los hombres! —¡No, basta! —¡Sí, aunque no quieras! ¡Te falta valor, te falta hombría! ¡No, no, basta! (*Irguiéndose impotente, magnífico.*) ¡No! ¡No! ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Ya te impusiste al otro, al prudente, al precavido, al cobarde! ¡Ahora mandas tú, tú, el fuerte, el vencedor, el hombre! ¡Hay que salvarla! Tienes al alcance de tus manos cuanto necesitas. No es tuyo ese dinero... ¡No importa! ¡Hay que salvarla! ¡Vamos! (*Coge el sombrero, que estará en una silla junto a la puerta del foro, y vase. Salen Mme. Lagrange, Adela y Bascary por la derecha.*)

BASC. De acuerdo, de acuerdo, pero conviene extirpar el mal de raíz.

M. LAG. (*Apoyada en el brazo de Adela.*) Yo no sé... Será ilusión mía, pero me siento mejor. Aparte el estado de debilidad... Ya ve usted, no puedo tenerme sola.

BASC. Ni debe hacer el menor esfuerzo. De cualquier manera, diga a Andrés que no deje de verme esta noche. No, no hay que asustarse. Ya le digo: será cosa de unos minutos. Pero con tal de acabar pronto, de verla a usted buena cuanto antes, con su alegría de siempre... y tan guapa como siempre... que es lo principal para una mujer hermosa...

M. LAG. ¡Vaya por Dios! Al final, piropos.

BASC. A muchas he puesto buenas con esa medicina. Es decir, buenas, lo que se dice buenas, ya lo estaban antes. Ea, hasta mañana.

M. LAG. Adiós. (*Sale Bascary por el foro.*) Pero ¿y esa Magdalena de todos los demonios?

MAG. (*Por la derecha.*) Hija, hija, que está aquí una para todo, aunque tú te empeñes en que no sirve una para nada. Bueno, ¿qué querías tú? ¿Que te prepare la butacona en el mirador? Vamos allá. Pero ¿cuánto tiempo vas a estarte en el mirador quietecita?

M. LAG. Yo qué sé, mujer. ¿Tú crees que me muevo por gusto?

MAG. Bien, bien, bien, bien. No te enfades. Ya puedes venir. En un salto está todo. (*Sale corriendo por la izquierda.*)

M. LAG. ¿Vamos, hija? Dispénsame, pero no sé estarme dos minutos en el mismo sitio. ¡Qué tormento! Ni acostada, ni en pie, ni sentada... (*Se dirige, siempre apoyada en el brazo de Adela, hacia la izquierda.*) ¿Y ese pillo de Andrés, dónde habrá ido?

ADELA. ¿No dijo Magdalena que vino con el médico?

M. LAG. Sí. Probablemente ha salido a esperarlo a la puerta para hablar de mí con más libertad. (*Salen por la izquierda. Ligera pausa en la acción. Se oye el ruido de la cerradura del piso al ser abierta nerviosamente por Andrés. Aparece éste en el foro, demudado, descompuesto. Anda torpemente, con el brazo derecho y la mano izquierda protegiendo, en un gesto instintivo, el dinero robado que guarda en el bolsillo interior de la americana. Avanza hasta el centro de la escena y mira receloso a todos lados.*)

ANDR. Pero ¿por qué tiemblas? ¿Eh? ¿Qué has hecho? ¿Crees que los hombres pueden reprocharte nada? Y si algo te reprochan, y si por lo que has hecho te castigan, ¿no habrá una justicia suprema sobre ese injusto castigo de los hombres? (*Hunde en el bolsillo las manos crispadas, y saca de él algunos billetes.*) ¡Sí, por ella ha sido, para tu tranquilidad de que todo lo hiciste por salvarla!... ¿Y hacía falta esto, esto, lo más ruin, lo más despreciable de la tierra? (*Entra Adela de pronto por la izquierda. Andrés, horrorizado, llevándose las manos atrás, para ocultar el dinero.*) ¿Eh? ¿Tú aquí?

ADELA. Ya lo ves. Ya no tienes que presentarme a tu madre. Acabamos de hacernos amigas, y muy buenas amigas. (*Pequeña pausa.*) Pero... ¿qué

te pasa? ¿Qué ocultas ahí detrás? Andrés... ¿estás enfermo? ¿Qué tienes?

ANDR. (*Como entontecido.*) Nada... nada... ¿Qué voy a tener? ¿Y qué quieres que oculte? Sobre todo... ¿por qué tendría que ocultarlo?... Mira... Dinero...

ADELA. (*En un grito espantoso.*) ¡Ah! ¡Lo has robado! ¡Lo has robado!

ANDR. (*Guardándose el dinero en un bolsillo cualquiera y abalanzándose a ella en un salto de tigre.*) ¡Calla! ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres que se entere mi madre? ¿Quieres que lo sepan todos?...

ADELA. ¡Por salvarte a ti! ¡Devuelve ese dinero!

ANDR. ¡Calla te digo! ¡Por salvarme a mí! ¡Por salvarme a mí! ¡Es tu fiero egoísmo de mujer el que se rebela! Por salvarme a mí, que soy lo que más quieres, ¿qué te importaría sacrificar a mi madre? Pues yo igual. Por salvar a ella, que es lo que más quiero, ¿qué me importa sacrificarme a mí mismo?

ADELA. ¡No, devuélvelo! ¡Es tu perdición! ¡No, no lo consentiré! ¡Lo sabrán todos, todos!

ANDR. ¡Que calles te digo, desdichada! ¿Quieres obligarme a otra locura? (*Aparece madame Lagrange y Magdalena por la izquierda.*)

M. LAG. ¿Qué pasa? ¿Qué es esto, Andrés?

ANDR. (*Reponiéndose violentamente.*) ¿Eh? ¿Que qué pasa? ¿Que qué es esto, dices? ¡Pues ahí es nada, madre! ¡Alégrate!... ¡Mira!... (*Sacando unos billetes.*) ¡Dinero, mucho dinero! ¡Se acabaron lágrimas inútiles! ¡Se acabó el dolor evitable! ¡Se acabaron miserias! ¡Es tu hijo, mi hermano, José Manuel, que nos lo envía! ¡Era hijo tuyo! ¡Tenía que ser bueno! ¿Y por esto hemos sufrido tanto? ¿Y por esto hemos llorado tanto? (*Tirando billetes al suelo y pisoteándolos con rabia.*) ¿Y por esto se pierden los hombres? ¡Miserables! ¡Miserables!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Departamento de Caja en una oficina. El foro está completamente cerrado por un cancel de madera y cristales de unos dos metros de altura. En el extremo derecha del cancel, una puertecilla, con cierre automático. En el tabique de la derecha, puerta de despacho, forrada de gutapercha, con un óvalo de cristal en el centro. Es la puerta del despacho del director de la oficina. Tres mesas en escena. Una en el centro del foro, junto al cancel; otra en primer término izquierda, y otra en primer término derecha. La de la derecha tiene dos sillas, una a cada lado. La caja está a la izquierda del foro. Entre la caja y la mesa del foro, en el cristal del cancel, una ventanilla, por la que se realizan los pagos.

(*Al levantarse el telón, Celedonio está trabajando en la silla de la izquierda de la mesa de la derecha. Leopoldo pasea fumando un cigarrillo.*)

CEL. (*Es un hombre de unos cuarenta y cinco años. Es un perfecto empleado de oficio y de vocación. Calza unas botas interminables y usa unos pantalones absurdos de estrechos. Se adorna con un chaqué del año de la Nana. El pobre tiene una calva indecente. Calzado y vestidos, en un estado verdaderamente lamentables.*) Pero ¿qué hora es?

LEOP. Las seis y cuarto.

CEL. ¿Se han ido ya todos?

LEOP. Se están yendo. Pero todos, no, me parece.

CEL. ¿Que se están yendo? (*Corre a la ventanilla del cancel y la abre.*) ¡Adiós, Leclerc! ¡Qué suerte tienes, hombre! ¿Que por qué no me voy? Estamos esperando al cajero. ¡Adiós, Clodomiro, charrán, vaya medio litro que te vas a beber en casa de la Madelón! ¡Señorita Espèce, que usted lo pase bien! Sí, hasta mañana... hasta mañana, que no vuelva a verla, no voy a estar tranquilo. ¡Adiós! ¡Adiós! (*Cierra

la ventanilla y vuelve al proscenio.) ¡La costumbre! Hay que despedirse de la gente, de los compañeros en el duro potro del trabajo. Es lo que yo digo, Leopoldo: el trabajo es la libertad... la libertad del amo, no le quepa duda. (*Entra el señor Vidart por el foro y se sienta a su mesa, que es la del fondo. Habla trabajando, firmando, tomando notas... Celedonio, corriendo a sentarse a su sitio.*) ¡El cajero!

VID. ¿Y el señor Lagrange?

LEOP. En Expediciones, me parece.

VID. Bueno, es lo mismo. Tenemos bastante trabajo. Habrá que quedarse una hora más, por lo menos. Dígaselo al señor Lagrange, cuando venga.

CEL. (*Aparte.*) ¡Maldita sea tu casta!

VID. Yo ruego a ustedes que hagan un esfuerzo y dejen terminados esta tarde los giros de la última quincena.

CEL. (*Aparte.*) ¡No te echarán a ti tres seguidas, ladrón!

VID. ¿Decía usted algo, Celedonio?

CEL. (*Da un salto y, despavorido, se pone a las órdenes del señor Vidart. Cuando se ve delante de un jefe, no sabe qué hacer. Tiembla de pies a cabeza, se mueve sin descanso, se apoya ya en un pie, ya en otro, enroscando inverosímilmente el que le queda libre, al que le sirve de sostén. Bueno... pues miren ustedes si será sinvergüenza el amigo Celedonio, que no siente nada de esto que acabo de decirles que hace. Todo es una pura farsa de respetos y humildades para halagar a sus jefes.*) ¡Señor Vidart, nada; no decía nada!

VID. Me pareció oír...

CEL. O, mire usted... aunque esto es una pregunta aparte.

VID. Diga.

CEL. ¿Esta hora de más que trabajemos?...

VID. Se les pagará a ustedes. No tenga cuidado.

CEL. Muchas gracias, señor Vidart. Y usted perdone,

pero es que la vida está por las nubes, y para alcanzarla tiene uno que hacer de saltón... (*Vuelve a su sitio.*)

VID. (*Se levanta.*) Se quedan también los de Correspondencia y Expediciones. No son ustedes solos.

CEL. ¡Por Dios, señor Vidart! Si yo no digo nada. ¿Para qué está uno aquí, sino para hacerse la Pascua?

VID. Ya está usted bueno, ya... (*Sale por la derecha.*)

LEOP. Amigo mío, habla usted por los codos.

CEL. No, por los codos no hablo, por los codos me río. (*Los enseña rotos.*)

LEOP. Pero ¿por qué no se cuida usted un poco más de la ropa?

CEL. Si yo me cuido de ella, y mucho; pero ella se ríe y lo toma a chirigota. ¡Mire usted qué codos más chirigoteros!...

LEOP. Señor, no me lo explico. Gana usted trescientos francos, no tiene hijos, ni más obligaciones que su mujer.

CEL. No, mi mujer para mí no es una obligación; es un tormento, una calamidad, una catástrofe.

LEOP. Vaya, no le eche la culpa a ella. Ya tiene la pobre bastante con tener que aguantarle a usted.

CEL. ¿A mí?

LEOP. Aunque no sea más que por... (*Acción de beber.*) Vamos, que hasta me parece a mí que de lo que usted tiene los codos tan risueños es de empinarlos con tanta frecuencia. Por eso descuida usted tanto el traje. Todo es poco para...

CEL. ¿Quiere usted callarse? Es que la parte contraria...

LEOP. ¿Quién es la parte contraria?

CEL. ¿Quién va a ser? Mi legítima esposa.

LEOP. ¡Ah, ya!

CEL. Es que la parte contraria yo no sé qué hace con el dinero. Mire usted. ¿Qué faenita cree usted que es la suya todos los fines de mes,

cuando yo cobro? La pobrecilla no sabe de cuentas, pero yo le aseguro que no le hace falta. Me recibe sentada a la mesa y con un montoncito de trescientas judías, equivalentes a los trescientos francos que tengo la honra de ganar.

LEOP. ¡Judías!

CEL. Como usted lo oye, y en cuanto llego, ya se sabe... A un lado las judías y al otro los francos.

LEOP. Tiene gracia.

CEL. Mi mujer, ninguna.

LEOP. No, hablo de las judías.

CEL. ¿Sí? Pues a mí, las judías, maldita la gracia que me hacen. Bueno, a lo que íbamos. Llego yo y empieza ella. (*Imitando una voz aguardentosa.*) "¿Cuánto has gastado, querubín?"

LEOP. ¡Qué vocecita!

CEL. ¡Sí, qué quiere usted! Si hablara el aguardiente, tendría la misma voz que la parte contraria. Total, que hay que justificar la cuenta. "¿Que qué he gastado? Mira, al zapatero tú sabes que le debíamos tres judías y pico; bueno, pero tú no te hagas cuenta más que de las tres judías, porque como él tiene tan mala memoria, yo me he callado el pico." En seguida va ella: "No son tres, son dos." "Tres." "Dos." "Tres." "Dos." "Tres." "Dos." "Tres." Y ya está el negocio en marcha. Y se acabaron todos los querubines y todos los ángeles del cielo. De "sinvergüenza" y "zaparrastrosa" para abajo, todo lo que usted quiera.

LEOP. Buen pájaro está usted hecho.

CEL. Bueno, pues verá usted. Sigo yo: "Siete judías y media por la cuenta del vinatero." A mí, claro, me tiene cuenta el vinatero por la cuenta que me tiene.

LEOP. ¿Pero no eran siete judías y media?... ¿Cómo se las compone su señora para las medias?

CEL. Pues con los dientes. (*Gesto de partir una judía con los dientes.*) Así... A usted le parecerá

extraño que mi señora se componga las medias con los dientes, pero como se lo digo...

LEOP. ¿Y cómo acaba la escena?

CEL. Pues al final resulta que me he gastado un potaje.

LEOP. Pero ¿a que cuando llega usted a su casa se ha bebido ya lo suyo?

CEL. Hombre, a qué negarlo, a veces, me bebo lo mío, pero, vamos, bebiendo lo mío, no creo que moleste a nadie. (*Se pone a trabajar. Entra Andrés por el foro.*)

ANDR. (*Trae unos papeles en la mano. A Leopoldo.*) ¿Has extendido todas las letras? (*Se sienta en su mesa, la de la izquierda.*)

LEOP. Todas. No me queda más que sentarlas en el libro de giros. Pero oye: hay que quedarse a trabajar. Me encargó el señor Vidart que te lo dijera.

ANDR. Ya me lo figuraba. (*Pausa. Al ver a Leopoldo junto a su mesa.*) Anda, que te está esperando el libro de giros.

LEOP. Hay tiempo para todo.

ANDR. Bueno, pues vete a tu mesa. No está bien que entre el cajero y nos vea de palique.

LEOP. Hijo, ya terminaron las horas de oficina.

ANDR. Sí, pero no nos hemos quedado aquí para hablar. (*Pausa. Leopoldo no hace caso y se sienta sobre el pico de la mesa en que está Andrés trabajando.*)

LEOP. ¿Has visto lo del cajero?

ANDR. ¿Qué?

LEOP. Presentarse esta mañana, así, de improviso...

ANDR. ¿Qué tiene de particular?

LEOP. Nada, desde luego. Menos mal que se va mañana. Por lo menos, eso ha dicho al llegar.

ANDR. ¿Y qué te importa a ti que se vaya mañana o no?...

LEOP. Hombre, sin él, estamos con más libertad y mucho más tranquilos. (*Pausa.*) Lo que me ha extrañado ha sido el arqueo tan minucioso que ha hecho el hombre.

ANDR. Te extrañas de todo. Era lo más natural.

LEOP. Menos mal, que ha cuadrado al céntimo.

ANDR. ¡Otra vez!... ¿Por qué menos mal? No te entiendo. ¿Que ha cuadrado al céntimo? ¿Pues cómo querías que cuadrase?

LEOP. Vaya, no te pongas así. Tú sabes que muchas veces, un error cualquiera, una cantidad salida que por olvido no se ha anotado, una operación equivocada, hacen imposible el arqueo. El que se extraña de todo lo que digo eres tú. Bueno, y hablando de otra cosa, y tu madre, ¿sigue mejor?

ANDR. A Dios gracias.

LEOP. Esa operación la ha salvado.

ANDR. Así parece.

LEOP. Lo que es ahora no podrás quejarte de la suerte. El mismo día que te decía el médico que la operación era inaplazable, ¡cataplún!, el cheque de tu hermano. Ni llovido del cielo.

ANDR. No me quejo, no.

LEOP. ¡Te digo que se dan en la vida unas casualidades!...

ANDR. (*Se le queda mirando. Va a decirle alguna frase violenta. Hace un esfuerzo y se contiene.*) Leopoldo, te lo suplico: déjame... Tengo mucho que hacer.

LEOP. (*Hace un movimiento, como para irse.*) Tanto trabajar para la bolsa ajena. Escucha, un momento. Ahora estarás en fondos. ¿Verdad?

ANDR. ¿En fondos?

LEOP. Hombre, hace una semana que recibiste el cheque de tu hermano.

ANDR. ¿Y qué?

LEOP. ¿Hace una semana y ya no te queda un céntimo?

ANDR. Sí, hace una semana. Dos días después de recibirlo fué la operación de mi madre... No quiero decirte los gastos... Me parece que cuatro mil francos no es ninguna fortuna. Pero, sobre todo, ¿quién eres tú para pedirme cuentas?...

LEOP. No te exaltes. Pero es que no se puede hablar contigo. Yo, ¿qué voy a pedirte cuentas? Esto no es más sino que me intereso por tus cosas. Así lo pagas. (*Vase a su sitio. Entra el señor Vidart por la derecha.*)

VID. (*Se va directo a la Caja.*) ¡Ah, las llaves!... Andrés...

ANDR. Señor Vidart...

VID. Las llaves de la Caja... Haga el favor...

ANDR. Ahora mismo. (*Se las da.*)

VID. Gracias. (*Andrés vuelve a su sitio. Pausa. Vidart abre la Caja y manipula en ella unos segundos. Luego la cierra y se dirige a la mesa de Andrés.*) Tome. Muchas gracias. Tengo que volver a salir mañana de viaje. Usted sigue encargado de la Caja. ¿No han visto ustedes entrar al señor Esteve?

ANDR. Yo, no.

LEOP. Salió esta mañana, antes que usted viniera, y creo que no ha vuelto. Como no esté arriba, en su casa.

VID. No, tampoco. De arriba vengo. Ni en su despacho tampoco está. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Debe haber comido en la calle, porque a su casa no ha vuelto desde que salió, según me ha dicho su señora. (*Consultando su reloj.*) Las seis y media y tengo que esperarle. Celedonio.

CEL. ¡Usted mande, señor, señor Vidart!... ¡Señor Vidart, aquí estoy! A sus órdenes, señor Vidart.

VID. (*Está en medio de la escena. Mira a Celedonio de arriba a abajo, y no puede por menos de sonreír.*) ¿Qué le pasa a usted?

CEL. A mí, nada, señor Vidart; no me pasa nada... ¿Y a usted? ¡Digo!... ¡Usted perdone!... Es que me confundo. Yo, ¡qué quiere usted!, hablando con un superior...

VID. Amigo Celedonio, en la vida hay que tener más presencia de ánimo. Da fatiga hablar con usted. Hay que ser un poco más entero.

CEL. (*Se ríe estúpidamente.*) ¡Je! ¡Je! Perdone usted, señor Vidart, pero no me entero...

VID. ¿Por qué tiembla usted de ese modo cuando habla conmigo o con cualquier otro jefe?

CEL. No lo sé, señor Vidart. Aunque yo, poco o mucho, no puedo evitarlo, tiemblo delante de todo bicho viviente. No le digo nada, cuando, como ahora, es un superior mío, un bicho de respeto.

VID. No sabe usted lo que se dice.

CEL. Sí, señor... ¡Digo, no, señor! Bueno, como usted quiera. A mí me da lo mismo. (*Entra Juan por el foro.*)

JUAN. (*Criado de la oficina. Viste de uniforme.*) Con permiso.

VID. ¿Qué hay?

JUAN. Me mandan del negociado de Correspondencia...

VED. Sí, ¿qué quieren?

JUAN. Que si puede ir allí un empleado de Caja.

VID. Muy bien. Ahora va. (*Se va Juan.*) Andrés, ¿quiere usted ir?

ANDR. Sí, señor. (*Sale Andrés por el foro.*)

CEL. ¿Nada más, señor Vidart?

VID. Haga el favor de subir a casa del señor Estéve y diga a la señora que, si sale, no deje de decir a los criados que en cuanto llegue el señor Esteve me avisen.

CEL. Ahóra mismo, señor Vidart. (*Vase hacia el fondo.*)

VID. No, no dé usted ese rodeo. Pase por su despacho. No hay nadie.

CEL. No hay nadie, señor Vidart. (*Vase por la derecha.*)

VID. ¿Queda mucho trabajo aún?

LEOP. No sé si Andrés... Yo estoy sentando las letras.

VID. Mañana, a primera hora que las lleven al Banco.

LEOP. Muy bien.

VID. Vaya a Correspondencia y diga que preparen

el correo para la firma. Si no viene el señor Esteve, lo firmaré yo. (*Entra Estéve por el foro. Trae una carta en la mano.*)

ESTE. Buenas tardes. ¡Hombre, señor Vidart! ¿Cuándo ha llegado usted?

VID. Esta mañana... Un momento. (*A Leopoldo.*) Bueno, diga que ya está aquí el señor Esteve. (*A Esteve.*) ¿Va usted a firmar?

ESTE. Sí, en cuanto esté. (*Vase Leopoldo por el foro.*) ¿Qué? ¿Y ese viaje? (*Abre la carta.*)

VID. No puedo quejarme del resultado.

ESTE. Con permiso. (*Lee la carta.*) Hombre, del médico de la casa, del señor Bascary; recomendando como empleado a un amigo suyo. (*Le da la carta a Vidart.*) Tome, y atienda a su recomendado, si es posible. ¿De manera que no se queja usted del resultado del viaje? Le felicito.

VID. Felicíteme usted a medias.

ESTE. ¿Por qué?

VID. Tengo que darle una mala noticia, señor Estéve.

ESTE. ¿Qué pasa?

VID. Esta mañana he hecho arqueo y he descubierto un desfalco de cinco mil francos.

ESTE. ¿Qué dice usted? (*Entra Celedonio por la derecha.*)

CEL. (*Sale de espaldas, haciendo las más descoyuntantes reverencias. Dirigiéndose a alguien que se supone dentro.*) Muy bien, señora. Se le dirá, señora. A los pies de usted, señora. (*En una de las reverencias se da un golpe con el quicio de la puerta.*) ¡Huy! Nada, un chichón, señora.

VID. ¿Qué quiere usted?

CEL. Nada. Muy buenas tardes, señor Esteve. Bueno, pues nada. Me han dicho arriba que ya debía estar aquí el señor Esteve. Que lo han visto entrar en las oficinas. Y, en efecto, mire usted dónde está el señor Estéve. ¡Je, je!

ESTE. (*A Vidart.*) Venga, pasemos a mi despacho.

CEL. ¡Huy, a su despacho! ¡Ay, qué cabeza la mía! (*Entreabriendo la puerta de la derecha.*) Perdón, señora... Por poco se me olvida, señora.

ESTE. Pero ¿quién hay en mi despacho? ¿Quiere usted acabar de una vez?

CEL. Es su señora de usted, señor Esteve. Con las niñas. Está con las niñas. Nada, me ha dicho que le diga a usted que aquí dentro está el coche esperando y que ellas lo esperan a usted en la calle. Digo, no—¡ay, qué cabeza la mía!—El coche es el que está en la calle, y la señora y las niñas aquí, en el despacho. Hemos bajado juntos las escaleras. El coche no, desde luego...

ESTE. ¿Quiere usted salir de aquí y dejarnos solos?

CEL. Usted dirá adónde voy, señor Estéve.

ESTE. A Correspondencia, o al Infierno.

CEL. Prefiero ir a Correspondencia, señor Esteve. (*Vase Celedonio por el foro.*)

ESTE. Es horrible. Lo vuelven a uno loco. Bueno, ¿y usted cree que se trata de un desfalco?

VID. Lo creo.

ESTE. ¿En qué se funda usted? Puede haber habido un error en los asientos. ¿Ha hablado usted con Andrés?

VID. Por eso digo que lo creo. Las sumas cuadran perfectamente, pero cuadran—lo advertí en seguida—porque se ha recurrido a un asiento falso. Pedí explicaciones a Andrés... No necesité más... Se turbó, se explicó como pudo... O mucho me equivoco o Andrés ha dispuesto indebidamente de esos cinco mil francos.

ESTE. ¿Qué hizo usted, entonces?

VID. Lo más prudente, a mi parecer; darme por convencido.

ESTE. No entiendo.

VID. Fingir que aceptaba como buenas sus explicaciones. Es más, hasta he dejado en su poder las mismas llaves de la Caja.

ESTE. Pero todo esto, ¿con qué idea?

VID. Fíjese; hoy, al llegar, antes de hacer el arqueo,

dije a todos que mañana volvía a marcharme.

ESTE. Bien, ¿y qué?

VID. Si, acabado de hacer el arqueo, le pido las llaves de la Caja y digo que suspendo el viaje... no le quepa duda, Andrés advierte en seguida que me he dado cuenta del desfalco.

ESTE. Y teme usted que el pájaro levante el vuelo.

VID. Al sentirse descubierto, sería lo más probable.

ESTE. Pero es que... Andrés, por la enfermedad de su madre, ha dejado de venir algunos días... Leopoldo le ha sustituído en la Caja.

VID. El falso asiento es de puño y letra de Andrés. Además, vamos, a mí me es muy desagradable todo esto; el papel de acusador no es el mío precisamente, pero usted comprenderá que mi obligación...

ESTE. Hombre, no faltaba más...

VID. Usted sabe los apuros que ha sufrido ese muchacho con la enfermedad de su madre... Es posible que al verse en una situación difícil... Sobre todo, la falta de ese dinero coincide con un cheque que dice él haber recibido de un hermano suyo que creo tiene en América.

ESTE. Verdaderamente, las circunstancias no le favorecen mucho... ¡qué desagradable es todo eso! No por la cantidad, usted lo sabe, sino por él mismo... ¡Ese pobre muchacho! ¡Ha sido siempre de una conducta ejemplar! (*Pausa.*) ¿Qué hacemos? ¿Qué opina usted? Desde luego, nada de recursos violentos... ni avisos a la Policía... No, no.

VID. En este asunto yo no puedo decidir...

ESTE. Pero, oiga, señor Vidart, ¿no le parece un peligro dejar las llaves de la Caja en manos de quien precisamente le inspira más sospechas?

VID. Más peligroso me parece declarar que se ha descubierto el desfalco sin haber resuelto antes lo que procede hacer. Además, yo sospecho de Andrés, pero puede haber sido otro, y quizás ese otro no merezca que le dejemos escapar de las manos.

ESTE. Sí, tiene usted razón; pero yo... sabiendo que no es usted el que tiene las llaves, dadas las circunstancias, la verdad... creo que estamos vendidos.

VID. Poco a poco. Es que también he tomado mis precauciones.

ESTE. Ah, en ese caso...

VID. Durante todo el día he estado vigilando las operaciones de Caja. Después, en cuanto dieron las seis, es decir, cuando ya no era probable ninguna otra operación, pedí las llaves a Andrés, y disimuladamente dejé preparado el mecanismo de los timbres.

ESTE. ¿Está usted seguro de que funcione? Hace tantísimo tiempo que no lo usamos...

VID. Figúrese si no iba a comprobarlo antes.

ESTE. Siendo así, de~de luego, ya es una seguridad.

VID. Completa. Como abran ese cacharro puede estar seguro, los dos timbres, el de su piso de usted y el de la misma Caja, cumplirán con su obligación. Son de confianza absoluta. Los dos mejores empleados de la casa.

ESTE. ¡Señor, qué conflictos!... Haga el favor, Vidart, suba conmigo... A ver cómo resolvemos esto. (*Entra Celedonio por el foro.*)

CEL (*Trae unos papeles. Entra cantando con música del "Vals de las olas":*)

Olas que al llegar...
Y se ha acabado, pues no sé más.

ESTE. ¿Qué es eso, Celedonio?

CEL. El "Vals de las olas", señor Esteve. ¡Eso es música y lo demás... lo demás es música! Créame usted.

ESTE. (*A Vidart, por Celedonio.*) No se puede ser más infeliz.

VID. (*A Celedonio, que se ha sentado a su mesa.*) Diga en Correspondencia que suban el correo, para la firma, a casa del señor Esteve.

CEL. Muy bien, señor Vidart.

ESTE. Juan mismo puede subírmelo. Que se marchen los de Correspondencia.

CEL. Sí, señor, que se marchen.

ESTE. (*A Vidart.*) ¿Qué otras secciones están trabajando?

VID. Expediciones y Caja.

ESTE. Despáchelos usted en cuanto terminen.

CEL. Que nos despachen, sí, señor. (*Salen Esteve y Vidart por la derecha.*)

CEL. (*Arreglando unos papeles en su mesa.*)

Papeles son papeles,
cartas son cartas.
¡Toma! Y los sobres son sobres,
¡y un rayo que te parta!...

(*Entra Leopoldo por el foro.*)

LEOP. ¡Se fueron ya! ¡Gracias a Dios!

CEL. Yo también me voy.

LEOP. ¿A su casa?

CEL. Casi...

LEOP. Ya... A la taberna.

CEL. Sin casi. Vuelvo en un salto. Si preguntan por mí, que he ido a la farmacia (*Haciendo ademán de beber.*), por antipirina... Como siempre. (*Entra Andrés por el foro.*)

ANDR. Pero... ¿y el señor Esteve? Tienen ya el correo preparado.

CEL. ¡Ay, mi cabeza! Claro, con el dolor que tengo. Me ha dicho que le suban la firma a su casa. Juan, Juan... Que sea Juan. ¡Pero qué cabeza la mía! Claro, con el dolor que tengo... Señor Lagrange, voy en un momento a la farmacia por antipirina. ¡Ah!, y los de Correspondencia que se vayan.

ANDR. Dígales todo eso al salir.

CEL. Ahora mismo. Claro, con el dolor que tengo... (*Vase por el foro.*)

LEOP. Por fin, muchacho, estamos un momento solos.

ANDR. ¿Querías estarlo?

LEOP. La verdad; quería.

ANDR. ¿Qué tienes que decirme?

LEOP. Chico, que estoy desesperado, que no puedo más, que tengo una suerte perra, y, nada, sábelo de una vez: que necesito dinero, y que tú puedes dármelo, y que tú debes dármelo, vaya!

ANDR. ¿Que yo debo dártelo?

LEOP. Perdona, no sé lo que me digo. O mira, si lo prefieres, si vas a seguir con disimulos, pues sí, sé muy bien lo que me digo.

ANDR. (*Se va para él muy despacio. Se le queda mirando fijamente.*) ¿Tú lo sabes? ¡Yo no! (*Entra Juan por el foro.*)

LEOP. (*Al ver entrar a Juan.*) Calla, ahora hablaremos.

JUAN. (*Viene con la carpeta de correspondencia en la mano.*) ¿Tiene usted algo para la firma?

ANDR. No, ahí lo lleva usted todo.

JUAN. Está bien. (*Vase por la derecha.*)

LEOP. (*Después de una pausa.*) Tú me conoces. Yo seré una bala perdida, pero no una mala persona. Ahora que... las circunstancias, a veces, le obligan a uno...

ANDR. ¿A qué?

LEOP. ¡A todo!

ANDR. ¿Y qué es ese todo?

LEOP. Andrés, no insistas; a mí me es muy violento, muy doloroso...

ANDR. (*Firme.*) Insisto.

LEOP. Pues bien. Necesito mil francos.

ANDR. ¿Y yo tengo que dártelos? ¿Por obligación?

LEOP. No, primero por amistad...

ANDR. Por amistad, no. ¡A ver por qué más!

LEOP. Y, después... por tu propio interés, ya lo sabes.

ANDR. (*Cogiéndole por las solapas y zamarreándole.*) ¡Eres un canalla y un miserable, y el que aquí está hablando con rodeos y disimulos eres tú! Vamos, habla, di, ¿qué quieres?

LEOP. ¡Andrés, suéltame! (*Enérgico; de ninguna manera suplicante.*)

ANDR. ¡Habla!

LEOP. ¡Que me sueltes, te digo!

ANDR. (*Recapacitando, en un instante, que su violencia puede perderle. Soltándolo.*) ¡Señor! ¡Señor!... ¿Por qué?... ¿Y hasta cuándo?

LEOP. Conmigo la violencia es inútil... o contraproducente. De modo que tú verás.

ANDR. Está bien, Leopoldo, está bien. Anda, di lo que quieras.

LEOP. Y con toda claridad. Yo prefería las medias palabras, porque las creía suficientes...

ANDR. ¡Y vuelta! ¡Que está bien, Leopoldo!

LEOP. De la Caja faltan cinco mil francos. Y hace una semana que faltan. El mismo tiempo que hace que recibiste el cheque de tu hermano.

ANDR. (*Dudando, sin querer entregarse todavía.*) Esos cinco mil francos salieron precisamente para pagar el giro del corresponsal de Burdeos. Y yo hice el asiento, estoy seguro.

LEOP. Pues ese asiento lo habrás hecho por error, o no sé cómo. Tú sabrás. El giro no vence hasta fin de mes. Además, falta el comprobante. La letra que hay en Caja es de este mismo mes, sí, pero del año pasado. Se ven las raspaduras desde cien leguas.

ANDR. (*Está sentado en la silla de Celedonio, o sea la que está a la izquierda de la mesa de la derecha, la cabeza entre las manos. Después de una pausa.*) Bien, es inútil seguir negando. ¿Pero no te parecen sagradas las razones que me han obligado a disponer de ese dinero?

LEOP. Muy sagradas. Yo no me erijo en juez de tu falta... si hay falta.

ANDR. No, no te eriges en juez de mi delito, pero te aprovechas de poseer el secreto. ¿Prefieres que llamemos a las cosas por su nombre? Pues bien: lo mío se llama desfalco; lo tuyo, "chantage".

LEOP. No me asustan las palabras.

ANDR. Ni los hechos tampoco.

LEOP. Yo también estoy desesperado.

ANDR. Pero es el vicio el que te lleva a esas desespe-

raciones. Escúchame, Leopoldo, antes de insistir en tu demanda. Es muy posible que hoy mismo, que esta misma tarde, disponga de lo suficiente para reponer en Caja esos cinco mil francos.

LEOP. ¿Vas a tener dinero? Razón de más para que me facilites, como préstamo, lo que te he pedido.

ANDR. No, no puedo. No dispondré de más que cinco mil francos; la misma cantidad que debo reponer en seguida.

LEOP. ¿La misma cantidad? ¿Exacta? ¡Eres el hombre de las casualidades!

ANDR. Juzga tú. Este mediodía, después de asistir al arqueo minucioso del cajero, figúrate, salí de aquí como loco. Había que buscar el dinero como fuera.

LEOP. Pues el señor Vidart parece no haberse dado cuenta de nada.

ANDR. Eso creo yo también. Pero ¿y mi inquietud? ¿Y si de un momento a otro descubría mi falta?

LEOP. Si mañana vuelve a salir de viaje...

ANDR. ¡Ponte en mi lugar! Bueno, salí de aquí, me encontré al señor Bascary, el médico... Salía él de mi casa, no podía más... Se dió cuenta de mi inquietud, de mi zozobra...

LEOP. ¿Y se lo contaste todo?

ANDR. Y eso me ha salvado.

LEOP. ¿Es él el que te presta el dinero?

ANDR. Se lo prestarán a él, porque él no es rico, y él me lo prestará a mí.

LEOP. ¡Chico, qué suerte! Si todos los médicos fuesen como el señor Bascary...

ANDR. Es un antiguo amigo de casa. Fué íntimo de mi padre. Sobre todo lo ha hecho al saber de dónde procedía el dinero que yo decía haber recibido de mi hermano. ¿Eh? ¿Qué dices ahora?

LEOP. Mira, Andrés, tú sabes cómo soy... No tengo término medio. Cuando me sobra el dinero, me sobran las generosidades; cuando me falta, cuando me encuentro en una situación como la

de ahora, arrinconado, acorralado como una fiera, no soy más que eso: una fiera.

ANDR. Pero ¿qué situación es la tuya?

LEOP. Pues nada, que me encuentro en la calle; que no tengo un céntimo.

ANDR. Yo te puedo dar doscientos francos...

LEOP. No, miserias, no... Tengo que desquitarme, y me desquitaré. Hay un medio.

ANDR. ¿Cuál?

LEOP. El cajero, indudablemente, no ha notado nada. Mañana se vuelve a ir... ¿Tú no quieres sacar dinero de la caja? Muy bien. No repongas los cinco mil francos inmediatamente.

ANDR. ¡Eso no! En cuanto los reciba.

LEOP. Andrés, que ahora soy yo el que te suplico.

ANDR. ¡Es inútil!

LEOP. Mira que una pérdida continua como la mía, que una mala suerte inexorable como la que me persigue, proceda del juego, del vicio, de donde sea, es para cegar a un hombre. ¡Andrés, feliz tú que hiciste una mala acción por una causa santa! ¡Desdichado de mí, que voy a cometerla por una pasión infame, vergonzosa, pero pasión al fin, más fuerte que mi voluntad y más fuerte que todos los sentimientos generosos que pudiera albergar en mi pecho!

ANDR. ¡Da horror escucharte! ¿Y qué quieres de mí? ¿Que yo pague tus bajas pasiones con mi deshonra y con la miseria de los míos? ¡Oh, no! ¡Pides demasiado!

LEOP. Andrés, mira que tu deshonra puede estar precisamente en tu negativa.

ANDR. ¿Eh? ¿Qué has dicho?

LEOP. Que más fácil es que tu salvación esté en salvarme que no en hundirme.

ANDR. ¡Dilo de una vez! ¿Cuál es tu amenaza? ¿Vas a denunciarme?

LEOP. Piensa lo que quieras. Ya me da lo mismo.

ANDR. ¿Sí? ¡Pues se acabó!

LEOP. ¿Cómo? ¿Ahora te vas a imponer por miedo?

ANDR. ¡Que se acabó, he dicho! Aquí no tiene derecho

a hablar de salvaciones nadie más que yo. Tú, si no tienes que hacer otra cosa que amenazar con "chantages" y defenderte con la disculpa idiota de tus bajas pasiones, si no tienes que hacer nada más que eso en la vida, húndete, piérdete... ¿A mí qué me importa? ¡Quizás no sea otra tu obligación!

LEOP. Creo que hemos hablado bastante. Ahora tú verás lo que más te conviene.

ANDR. Pues a eso voy, desalmado, a imponerte mis condiciones, después que tú me has impuesto las tuyas. Entérate; ya he salvado a mi madre. Mi deber primordial está ya cumplido. ¡Lo demás, mi nombre, mi honra, mi libertad... eso ya no tiene importancia! Con rufianes como tú no hay más que jugarse el todo por el todo. Tienes el campo libre; sube, denúnciame, deshónrame, pero escúchame: en cuanto me enfrente contigo te arranco la vida. No te quito mucho. Para lo que te hace falta...

LEOP. Vaya, no está mal... ¡Al final, amenazas de muerte!

ANDR. "Chantage" por "chantage", más noble es el mío. Yo lo expongo todo. Tú no expones nada.

LEOP. Todos los días se aprende algo nuevo. De matón no te había visto hasta ahora.

ANDR. ¿Eh? ¿Así me provocas, mala bestia? ¡Ea, basta! ¡Pues que tú lo has querido, que venza el más fuerte! (*Se arroja sobre él y le atenaza por el cuello. Leopoldo cae de espaldas sobre la mesa de la izquierda.*) ¡Así, monstruo, que ni con cien mil vidas que tuvieras pagarías todas tus ruindades! (*Disminuyendo la presión de sus dedos y como horrorizado de sí mismo.*) ¿Eh? ¿Eh? ¿Pero qué voy a hacer, Dios mío? (*Retrocede espantado.*) ¡No, no, no fuí yo!... Fué un instante de locura. ¡Quítate! ¡Apártate! ¡Quieres manchar mis manos de sangre!

LEOP. ¡Estás loco! No creí que tendría que habérmelas con un perturbado.

ANDR. ¡No sigas provocándome! ¡No, por lo que más quieras!

LEOP. Termina de una vez de declarar tu locura, y que te encierren. Eres un verdadero peligro.

ANDR. (*Golpeando furiosamente el suelo.*) ¡Sal de aquí! ¡Que no puedo más! Pero ¿qué te propones? ¡Sal te digo! ¡Fuera! ¡Fuera!

LEOP. Sí, que me voy... Cálmate. Me voy... ¿No ves que estoy en mi juicio? Con hombres puede uno entendérselas; con desequilibrados, ¿para qué? (*Sale por el foro. Sigue una larga pausa, durante la cual Andrés hace sobrehumanos esfuerzos por serenarse. Entra Juan por la derecha.*)

JUAN. Usted perdone... Desde arriba se oían unos gritos...

ANDR. No es nada... Una discusión...

JUAN. ¡Ah! ¿Pero ha sido usted? ¿Y una discusión? ¡Lo que son las cosas! El señor Vidart se creyó que no estaría usted aquí, y que los otros, como cuando se ven solos son unas criaturas...

ANDR. No ha pasado nada, ya le digo... Puede retirarse. (*Entra Celedonio por el foro.*)

CEL. (*Por el foro.*)

¡Olas que al llegar!...
Y se ha acabado, pues no sé más.

(*Ha bebido unas copas. Está "alegrete".*) Juan, soy feliz. Si quieres, te convido a antipirina, a una bicicleta, a un dirigible, a un latigazo. ¡A escoger!

JUAN. (*Iniciando el mutis.*) Cuidado con el señor Lagrange, que no está de muy buen humor. (*Vase por el foro.*)

CEL. (*Yendo a la mesa de Andrés, en donde éste está sentado.*) Señor Lagrange, me han dicho que no está usted de muy buen humor. ¿Qué le pasa a usted, señor Lagrange?

ANDR. Nada, déjeme.

CEL. Señor Lagrange, usted sabe que yo le aprecio

mucho, aunque usted me riñe mucho más de lo que yo le aprecio. Bueno, usted me riñe siempre con razón. Yo protesto, porque, claro, siempre le duele a uno... No me haga usted caso. La vida es bella y el chocolate oscuro, muy oscuro, casi negro. El chocolate, que se muera. En cambio, ¡viva la poesía lírica! No calumniemos nunca el tiempo perdido. El más dulce de la vida y el mejor entendido. (*Vase solemnemente a su sitio, en donde se sienta y hace como que trabaja. Entra Juan por el foro.*)

UAN. (*Por el foro.*) Señor Lagrange, este señor pregunta por usted. (*Le da una tarjeta.*)

ANDR. (*Después de leer la tarjeta.*) Que pase a la sala de visitas.

UAN. En la sala de visitas está el jefe de Expediciones con otro señor.

ANDR. Que pase aquí entonces. (*Vase Juan por el foro. Andrés vase a la puerta del foro y espera a Bascary unos segundos. Entra Bascary por el foro.*)

BASC. Hola, muchacho.

ANDR. ¡Oh, señor Bascary! ¡Gracias a Dios! ¿Resuelto mi asunto?

BASC. Resuelto.

CEL. (*Haciendo una reverencia ridícula.*) Buenas tardes, caballero. Servidor de usted, caballero. (*Vuelve a sentarse.*)

BASC. (*A Celedonio.*) Buenas tardes.

ANDR. Pase usted aquí. Siéntese. (*Señalando hacia su mesa.*)

BASC. Sí, vamos allá, pero no me siento. (*Se van hacia la izquierda.*) Me acaban de dar el dinero ahora mismo.

ANDR. Un momento. Le extenderé un recibo.

BASC. Pero muchacho, ¿estás loco? Entre tú y yo, estas enojosas formalidades no corren prisa ninguna.

ANDR. Muchas gracias.

BASC. ¿La situación es la misma que este mediodía?

ANDR. La misma.

BASC. ¿El cajero no ha observado nada?

ANDR. Al parecer... nada.

BASC. (*Entregándole un sobre cerrado.*) Toma. Procura por todos los medios que hoy mismo quede ese dinero en Caja.

ANDR. (*Después de guardarse el sobre, estrechando ambas manos de Bascary.*) Muchas gracias, señor Bascary; muchas gracias.

BASC. ¡Vaya, vaya!; no hay tiempo ni para conmoverse; créeme a mí. No quisiera más que una cosa.

ANDR. Mándeme.

BASC. ¿Me prometes hacer todo lo posible por restituir esa suma esta misma tarde?

ANDR. Prometo hacer todo lo posible.

BASC. ¿Tú no tienes las llaves?

ANDR. Sí; pero ya están hechas todas las operaciones del día. Se extrañarían mucho si me vieran a estas horas andando en la Caja. De cualquier manera, esperaré a que se marchen todos. No creo que sigamos trabajando mucho tiempo todavía.

BASC. Hazlo como mejor te parezca. (*Siguen hablando en voz baja. Entra Leopoldo por el foro.*)

LEOP. (*Trae unas letras en la mano. Vase directo a su sitio, en donde se sienta. A Celedonio.*) Tome estos giros; ordénelos por orden de fechas.

CEL. Siempre, siempre. Pues ¿para qué estoy yo aquí? Pues no faltaba más. Un inciso, Leopoldo.

LEOP. Usted dirá.

CEL. La vida es bella.

LEOP. ¡Adiós mi dinero! Bueno, pues mucho cuidado. Como le vea así algún jefe, verá usted cómo le va a hacer la vida...

CEL. Imposible, ya lo sé. (*Entra Vidart por la derecha.*)

VID. Qué, ¿se terminaron ya todos los giros?

ANDR. Sí, señor.

VID. ¡Oh, señor Bascary!

BASC. ¿Qué tal? ¿Y el señor Esteve?

VID. Arriba está ahora precisamente. ¿Quería usted verle?

BASC. No es indispensable. ¿Recibió mi carta?

VID. Sí, ahora hablábamos de ello. Creo que podremos emplear a su recomendado. Pero suba usted. Cuando sepa que ha estado usted aquí y no ha querido dedicarle un momento...

BASC. Bien. Ahora mismo.

VID. ¿Ustedes terminaron?

ANDR. Sí, señor.

VID. Entonces, hagan el favor, ayuden unos minutos a los de Expediciones. Eran los que tenían más trabajo... Creo que será cuestión de diez minutos, ya digo. Usted, Andrés, no, desde luego. Usted puede marcharse cuando quiera.

CEL. ¿Y en cuanto esté la última expedición nos largamos, señor Vidart?

VID. Os largáis, como usted dice.

CEL. Gracias, señor Vidart. La vida es...

LEOP. (*Llamándole la atención.*) ¡Celedonio!

CEL. Nada, iba a decir que la vida es esto; el trabajo, la labor diaria; que la vida sin labor no se comprende... no se comprende.

VID. (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Pase usted, señor Bascary. (*Salen Bascary y Vidart.*)

ANDR. Ande, Celedonio; vaya usted a Expediciones.

CEL. Pero que ahora mismo. Pues no faltaba más. ¿Para qué estoy yo aquí?

¡Olas que al llegar!...
Y se ha acabado, pues no sé más...

(*Vase por el foro.*)

ANDR. Leopoldo...

LEOP. ¿Qué quieres?

ANDR. No te extrañe lo que voy a decirte; quizás sea una ingenuidad. Pero estoy contento, muy contento, y una gran alegría nos hace niños y nos invita a todas las puerilidades.

LEOP. Habla. ¿Qué quieres?

ANDR. Ya has visto al señor Bascary. Acaba de entre-

garme el dinero. Voy a terminar de una vez con esta pesadilla.

LEOP. Me alegro mucho.

ANDR. No me contestes así. Tú con tu carácter y yo con el mío, no hemos dejado nunca de estimarnos sinceramente. Yo te he disculpado siempre y te he juzgado, sí, un muchacho aturdido, pero nunca una mala persona.

LEOP. Antes no me creías, cuando yo te hablaba de mí con esas mismas palabras.

ANDR. Antes... perdóname... quizás no fué más que por un instante, pero dejaste de serlo.

LEOP. ¡Estaba desesperado! ¡Lo estoy aún!

ANDR. ¿Y contra quién se vuelven tus desesperaciones?

LEOP. Contra mí mismo, ya lo sé. Por eso son más terribles.

ANDR. Y por eso te disculpo. Además: "feliz tú que cometes una mala acción por una causa santa", me dijiste. Tienes razón. ¡Desdichado del que emplea medios demasiado malos para alcanzar un fin que ni llega a ser bueno! (*Pausa.*) Escúchame, quiero seguir convencido de que eres el que fuiste, y que sólo por un instante de ofuscación pudiste dejar de serlo.

LEOP. Reconciliaciones tardías.

ANDR. Nunca es tarde, y en nuestro caso, no se nos podía presentar un momento más oportuno.

LEOP. No sigas. Sé lo que vas a decirme.

ANDR. Pues bien; lo sabes, respóndeme. Aquí están los cinco mil francos. En cuanto se marchen todos voy a restituirlos a la Caja. ¿Sigues poniendo precio a tu silencio?

LEOP. Tú no me conoces, Andrés. Aquello fué mi mala hora. Lealmente, ¿tú me crees capaz?

ANDR. No, lealmente.

LEOP. (*Alargando la mano.*) ¿Lo que siempre fuimos?

ANDR. (*Estrechándola con efusión.*) Lo que deseo con toda mi alma que seamos siempre. (*Aparece Celedonio por el foro.*)

CEL. (*Desde la puerta.*) ¡Hombre, Leopoldo!

LEOP. Ahora voy.

CEL. En vez de estar ahí con el señor Lagrange dándole la mano, venga usted a echarnos una manita... Que son más de las siete. (*Vase.*)

LEOP. (*Después de asomarse al foro para convencerse de que se ha ido Celedonio.*) ¿Por qué no haces una cosa? ¿A qué esperar a que nos vayamos todos?

ANDR. ¿Y si me sorprendieran ahora andando en la Caja? A estas horas no hay nada que hacer en ella.

LEOP. Estás de cajero. Puedes justificarte fácilmente. Nosotros, sí, nos iremos pronto. Pero ¿y el señor Vidart? ¿Sabes tú a la hora que querrá irse?

ANDR. En último caso, espero hasta mañana.

LEOP. No, de ninguna manera. Mientras el señor Vidart esté aquí, estás vendido. ¿Y si se le ocurre ahora, por ejemplo, bajar a Caja y hacer cualquier operación, tomar cualquier dato? Es lo más fácil. ¿Y si a última hora se fija en lo que parece no haber advertido en todo el día? Haz lo que quieras. ¿Qué interés puede ser el mío al aconsejarte?

ANDR. Pues tienes razón. Hay que acabar cuanto antes. Vete... Déjame solo...

LEOP. Claro, hombre, cuanto antes. (*Sale Leopoldo por el foro.*)

ANDR. (*Toma las naturales precauciones de quien va a realizar un acto tan comprometido como el suyo. Inspecciona las puertas, anda de puntillas, etcétera. Por fin, llega a la Caja y la abre. En el mismo momento empieza a sonar un timbre que se supone oculto en cualquier parte secreta de la Caja. Es un timbre muy sonoro, naturalmente, como destinado a servir de alarma.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué combinación es ésta? ¡Preparados los timbres! ¡Estoy perdido! ¡Maldición! ¿Y qué hacer ahora? ¿Qué hacer? ¡Sí; ante todo el dinero a la Caja! (*Se lleva la mano al bolsillo interior de la americana. En este momento aparece Leopoldo por el foro.*)

LEOP. (*Horrorizado.*) ¡Oh, Andrés, pobre Andrés, sin querer te he perdido! (*E inmediatamente entran por la derecha Vidart, Esteve y Bascary, y por el foro Juan y varios empleados. Andrés no ha tenido tiempo de poner el dinero en la caja. Al verse sorprendido queda con la mano oculta en el bolsillo interior de la americana. Desde luego, ya tiene en la mano el sobre que le entregó Bascary con los cinco mil francos.*)

VID. ¡Ah! Pero ¿era usted el que andaba en la caja? ¿Y a estas horas? ¿Para qué? (*Cierra la caja y deja de sonar el timbre.*)

ANDR. (*Ya ha perdido la razón. Empieza a reír con una risa de imbécil.*) ¡Je, je, je! ¡Je, je, je!... ¡El dinero!... ¡Cinco mil francos!... ¡Mi pobre madre!... ¡Se me moría mi pobre madre!... (*Mostrando el sobre.*) ¡Más dinero! ¡Más dinero!

VID. (*Coge el sobre. Lo abre.*) ¿Un nuevo desfalco? ¿Creía usted que no habíamos descubierto el otro? (*Andrés sigue riendo calladamente.*)

BASC. ¡No! Empeño mi palabra de honor. Este dinero no lo ha sacado Andrés de la caja. Por el contrario, iba a devolverlo. Yo acababa de dárselo. (*Recalcando.*) ¡A devolverlo! Ya podéis comprenderlo todo.

ESTE. ¡Oh, sí, no le atormentemos más! ¡Pobre muchacho!

ANDR. (*Prorrumpe en una formidable carcajada. Va a desplomarse al suelo. Gritos, exclamaciones.*)

ESTE. ¡Sostenedlo! ¡Una silla! ¡Cuidado! (*Una gran confusión, imposible de llevar al diálogo.*)

BASC. ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Vamos, un esfuerzo, domínate!

ANDR. (*Otra carcajada.*)

BASC. ¡No hay remedio! ¡Ha perdido la razón!

TELÓN

ACTO TERCERO

Amplia sala de visitas en un manicomio. Al fondo, una hermosa terraza. Casi todo el foro está, pues, ocupado por la abertura que da paso a dicha terraza. Sus grandes puertas, de cristales, están abiertas de par en par. Forillo de campo, un campo alegre, verde y mañanero, deslumbrante de sol. A la izquierda, una gran ventana con barrotes de hierro y una puerta por la que se entra de la calle. Mesa con diarios y revistas en el centro y sillas a su alrededor. Botón de timbre eléctrico. Es una luminosa mañana de junio.

(*Al levantarse el telón están en escena Celedonio y Luis. Luis es un criado del manicomio. Viste un uniforme sencillo de dril.*)

CEL. Mire usted, amigo mío. Es una idea que yo he tenido siempre: la vida es una cosa triste, tristísima; da pena.

LUIS. Sí, señor, sí.

CEL. Es horrible. Sin ir más lejos, el caso de este pobre Lagrange. Primero, su madre que se pone enferma, pero que a las puertas de la muerte; primera vez que le jeringan. Después, la falta de recursos; otra vez que te jeringo. Después, la necesidad de buscar dinero—y no hay que decir cómo lo buscó—. ¡Caray; que te jeringo otra vez! Y, por último, cuando se salva su madre, cuando ya parecía todo arreglado, ahí va eso. (*Haciendo unas cómicas contorsiones.*) ¡Ah! ¡Eh! ¡Ih! ¡Oh! ¡Uh! ¡Se nos vuelve loco! ¡Me parece que es para jeringarse!

LUIS. Da pena, sí, señor.

CEL. (*Asomándose a la gran terraza del fondo.*) ¡Qué hermoso panorama! Es una gloria. Este manicomio está muy bien, pero que muy bien. Hay limpieza, confort... Yà quisiera yo vivir en una casa como ésta. Le digo a usted que es para volverse loco. (*Consultando su reloj.*) Son

las diez y media, ¿no es hora todavía de ver a los enfermos?

LUIS. Sí, ya es hora. Pero Lagrange está con su madre en este momento.

CEL. Yo no quisiera detenerme mucho, ¿sabe usted? Yo soy oficinista—sí, señor, oficinista; una desgracia como otra cualquiera—, y he pedido permiso para venir a ver al señor Lagrange. Como hoy es día de visita en el establecimiento...

LUIS. No creo que espere mucho; hace un buen rato que está con su madre.

CEL. ¡Qué tremendo esto de perder la chaveta! Mire usted, yo me tengo por un hombre sereno, sentado, frío... No, frío es ya mucho; pongamos fresco... Bueno, pues esto de la locura es una cosa que me pone el pellejo de gallina. Desde que he entrado aquí, los dedos se me hacen huéspedes.

LUIS. No hay cuidado.

CEL. Es que yo he oído decir que en los manicomios hay locos pacíficos que andan sueltos.

LUIS. Sí, por eso, porque son pacíficos.

CEL. De cualquier manera... ¡caramba! No quiero pensarlo. ¡Huy! (*Da un salto.*) ¿Usted ve? Nada más que hablar de ello. Bueno, al señor Lagrange le veré delante de gente... o no le veo. Bromitas con locos, no.

LUIS. No hay que temer. Los que están sueltos no son locos apenas. Unos, maniáticos...

CEL. Sí; pero si les da la manía por retorcerme el cuello... no quiero decirle cómo me va a poner la corbata.

LUIS. No; ya le digo: unos, maniáticos; otros, ya curados, en víspera de salir de aquí... Hay algunos que se ocupan de la limpieza de la casa y otros que hasta sirven de enfermeros. No hay cuidado.

CEL. Pues si pasa por aquí algún distinguido barrendero perturbado, o alguna ilustre fregona maniática, tenga la bondad de avisarme.

LUIS. Con mucho gusto. Mire usted, me ha sido usted simpático y voy a hacerle una confidencia.

CEL. Encantado.

LUIS. Aquí donde usted me ve, que estoy de criado, de correveidile en un manicomio, soy nada menos que... Napoleón I, emperador de los franceses.

CEL. (*Tronchándose de pavor.*) ¡Na!... ¡Na!... ¡Na!... (*Aparte.*) ¡Estoy cantando la nana!

LUIS. (*Muy ufano.*) Napoleón I, emperador de los franceses, para lo que usted guste mandar. Lo que pasa es que en el mundo se cometen muchas injusticias.

CEL. (*Aparte.*) Yo le llevo la corriente en todo. Sí, señor, muchas injusticias. (*Todo esto tartamudeando horriblemente.*)

LUIS. Y le dió a la gente por decir que yo estaba loco...

CEL. ¿Le parece a usted? ¡Serán sinvergüenzas! ¿Mire usted que decir que usted está loco? ¿De dónde?

LUIS. De la cabeza.

CEL. No; digo que ¿de dónde han sacado eso?

LUIS. De la cabeza también.

CEL. ¡Qué locura!

LUIS. Venga usted acá.

CEL. Donde usted quiera. Pues no faltaba más. ¿Para qué estoy yo aquí? (*Aparte.*) ¡Ay, yo me muero!

LUIS. Mira, te hablaré de tú, porque si yo soy Napoleón...

CEL. Sí, hombre, como tú quieras. Nada. Napoleón, pide por ese pico.

LUIS. Tú también puedes hablarme de tú.

CEL. Muchas gracias. Ya lo he hecho.

LUIS. Ven para acá. (*Lo lleva a la terraza.*) ¿Ves todas esas tierras? Pues todas son mías.

CEL. ¡Qué barbaridad!

LUIS. Y de latifundios tengo el doble.

CEL. Ya decía yo que tenías tú cara de latifundioso.

LUIS. Una idea. ¿Cuántos metros crees que habrá de aquí al suelo?

CEL. Siete metros, por lo menos. Sobra para estrellarse.

LUIS. Otra idea. ¿Por qué no te sacrificas por mí?

CEL. Porque no soy hombre de malas ideas.

LUIS. No importa. Anda, tírate abajo.

CEL. ¿Eh? ¿Que me tire abajo? Vamos, Napoleón, tú estás loco.

LUIS. ¿Eh? ¿Tú también?

CEL. No, nada. (*Aparte.*) ¡No sé lo que me digo! Ya comprenderás que eso de loco no se le dice más que a los cuerdos.

LUIS. ¿No te tiras? No tengas miedo; no te matas.

CEL. Por eso; yo me tiraría a matar: pero para quedarme como estoy, prefiero quedarme en donde estoy. (*Entra Alberto por la derecha. Es loquero. Viste una larga blusa blanca.*)

ALB. (*A Luis.*) ¿Qué haces tú aquí?

LUIS. (*Convertido repentinamente, a la vista del loquero, en el más humilde y más obediente de los mortales.*) ¿Qué iba a hacer? Compañía al señor.

ALB. (*A Celedonio.*) Usted perdone. ¿No le ha dicho ninguna impertinencia?

CEL. Ni pensarlo siquiera. Quería que me tirara por el balcón abajo. Nada. Caprichos de emperadores.

ALB. Sal de aquí. ¡Ahora mismo!

LUIS. (*A Celedonio.*) ¡Te mato! (*A Alberto, saliendo.*) Ahora mismo. (*Sale por la derecha.*)

ALB. Venía usted a ver a Lagrange, ¿verdad?

CEL. Sí, pero me había dicho Napoleón que estaba ahora con su madre. (*Entran por la derecha Madame Lagrange y Bascary.*)

M. LAG. (*Llorando.*) ¡Es demasiado para mis fuerzas! ¡Es espantoso!

ALB. (*A Bascary.*) Este caballero desea ver al señor Lagrange.

CEL. (*Haciendo una profunda reverencia.*) ¡Señor Bascary!

BASC. ¡Ah! ¿Es usted? Sí, puede pasar. Condúzcalo, Alberto; haga el favor.

CEL. ¡Siempre suyo afectísimo, señor Bascary!

BASC. ¿No viene más que usted de la oficina?

CEL. No sé si vendrá alguno más.

BASC. Lo digo porque he telefoneado a primera hora para que vinieran todos los de Caja... y hasta el señor Esteve, si era posible.

CEL. No sé, ya le digo. Yo no he ido hoy a la oficina. Pedí ayer permiso para venir aquí esta mañana, a ver a Andrés. ¿Y dice usted todos los de Caja?

BASC. Ya le explicaré. Desde luego, no se vaya sin verme.

CEL. Como usted mande. (*A Alberto.*) ¿Vamos? (*Salen Celedonio y Alberto por la derecha.*)

M. LAG. (*Sentándose en una de las sillas que están junto a la mesa del centro.*) ¡No puedo más! ¡Soy su madre!... ¡No puedo más!

BASC. Calma, calma, señora. Afortunadamente no podemos quejarnos.

M. LAG. Pero, con sinceridad, señor Bascary. ¿Usted confía en que mi hijo vuelva a recobrar la razón?

BASC. Con toda sinceridad, confío. Y no es sólo opinión mía; los médicos de la casa opinan como yo.

M. LAG. Es usted un santo. ¡Cómo pagarle su interés!...

BASC. Con vuestra amistad, con lo que me he cobrado siempre. Además, ahora poco he podido hacer yo; recomendar a Andrés—eso sí, ardientemente, de todo corazón—a los médicos del establecimiento. No es gran cosa. Soy yo el que debo estarles a ellos agradecido. Me han atendido con verdadero interés. Como saben que poseo todos los antecedentes de la enfermedad, me consultan, atienden mis observaciones, me dejan en completa libertad para sugerir tratamientos y hasta para indicar el remedio posible...

M. LAG. Yo, ¿qué quiere usted?; temo que sus palabras

no sean más que una piadosa mentira; que mi hijo haya perdido la razón para siempre.

BASC. Créame, señora, yo daría mundos por convencerla de que le hablo con absoluta sinceridad. Hace dos meses que está Andrés aquí, usted sabe que no he dejado de observarle un solo día... Crea en mi palabra; Andrés, hoy es otro. Desde luego—ésta es la verdad—, la memoria no ha vuelto a aparecer en su cerebro. ¡Ah, el día que recobre la memoria, podemos decir que le hemos salvado! Tiene, sí, obsesiones, ideas fijas, casi todas relacionadas con la causa que motivó su locura.

M. LAG. ¿Usted lo ve? ¿Qué consecuencia podré deducir de sus palabras?

BASC. Escúcheme, y verá que puede deducir unas consecuencias muy consoladoras. Ya le he dicho que si recobrara la memoria en este momento, desde este momento podríamos considerar curado a su hijo. La mejoría alcanzada en estos dos meses de enfermedad, se ha manifestado en síntomas inequívocos. Su irritabilidad va desapareciendo; desde luego, ya no es una irritabilidad peligrosa en manera alguna. Antes no tenía más que ideas incoherentes; ahora coordina sus ideas y hasta sostiene breves conversaciones que pueden parecer propias de cualquiera menos de un perturbado .

M. LAG. Pero esa prueba a que piensa usted hoy someterle, es algo horrible, es algo que va a desgarrar su alma.

BASC. ¡Eso es lo que yo quisiera!

M. LAG. ¡Hijo mío!

BASC. ¿Qué más pudiéramos desear todos? Lo espantoso sería que permaneciera impasible. Si reaccionara, si sufriera, si, como usted dice, se sintiera desgarrada el alma, sería señal de que la emoción recibida, precisamente, por intensa, por implacable, por desgarradora, había logrado despertar su espíritu. (*Entran Magda-*

lena y Adela por la izquierda. Vienen de la calle.)

M. LAG. (*Al verla entrar.*) ¡Oh, Adela, hija mía! ¡Qué horror! No puedes figurarte.

ADELA. ¿Le ha visto usted ya? ¿Cómo le encuentra?

M. LAG. Yo no puedo decir... El señor Bascary dice que mucho mejor.

BASC. Indudablemente.

MAG. Lo dice el señor Bascary, que ha estudiado mucho para saberlo, y lo digo yo, que no he estudiado nada, ni falta que me hace.

M. LAG. Calla, calla; te lo suplico.

MAG. ¡Y vuelta! Y no me dejarás nunca decir esta boca es mía. ¿Tú quieres matarme? Bueno, pues si no quieres acabar conmigo, déjame hablar.

BASC. Tiene razón. Magdalena no ha dejado de verle un solo día. ¿No ha observado usted en él una mejoría lenta, pero continua?

MAG. Chóquela usted, compañero. Hacía muchos años que no me daba nadie la razón. (*Bascary le estrecha la mano, sonriendo.*)

ADELA. También es cierto. Magdalena puede haber observado muy bien el curso de la enfermedad. Usted y yo, hasta hoy, no nos hemos considerado con fuerzas para venir a verle. ¡Qué sabemos nosotras! Dicen todos que está mejor, mucho mejor. ¿Por qué hemos de recibir la buena noticia con desconfianza?

MAG. Da gusto oír a esta mocosa. "Pico de oro" la llamo yo. A mí me emboba, palabra.

ADELA. ¿Pudiera verle ahora, señor Bascary? ¿Es todavía hora de visitas?

BASC. Para ustedes siempre. (*Entran Celedonio y Alberto por la derecha.*)

CEL. (*Como siguiendo la conversación con Alberto.*) ¡Es otro hombre! No entiende una palabra, está en las nubes todavía, pero es otro hombre. (*Alberto queda respetuosamente en segundo término.*)

BASC. ¿No es verdad? Usted que le ha visitado con

alguna frecuencia, ¿cómo encuentra a su amigo?

CEL. No hay quien le conozca. No hay quien le conozca! Ni la madre que lo echó al mundo.

MAG. Caballero, aunque no tengo el gusto de conocerle, tengo el gusto de presentarle a la madre que lo echó al mundo.

BASC. (*Interviniendo y presentando.*) La familia de Andrés... Este señor es un compañero de oficina de su hijo.

CEL. Ustedes me perdonen, aunque me parece no haber dicho una inconveniencia. La expresión tal vez haya sido un poco fuerte, pero nada más.

M. LAG. No se preocupe. La salud de mi hijo es lo único que me interesa.

CEL. Pues repito lo de antes: no hay quien lo conozca; es otro. Por momentos, se lo juro, señora, creí que estaba hablando con mi compañero o, mejor, con mi jefe de siempre. Nada, estoy seguro: dentro de un mes, como máximum, lo tengo otra vez en su mesa, que está frente a la mía, regañándome, como de costumbre: "Celedonio, que no sabe usted sumar. Celedonio, que éstas no son horas de venir. Celedonio, que está usted abusando de la antipirina". En confianza, señora, me tiene frito.

MAG. Gracias, Celedonio.

CEL (*Después de una mirada aniquiladora.*) ¿Usted es Bárbara? ¿Usted es esa tía Bárbara de que tanto nos ha hablado Andrés en la oficina?

MAG. No, señor. La tía Bárbara vive en París. Yo no soy más una criada antigua de la familia.

CEL. Ya. ¡Mucho! ¡Mucho!

MAG. Sí, señor, mucho... mucho cuidado.

BASC. (*A Celedonio.*) ¿Se marchaba usted ya?

CEL. Si no manda usted otra cosa.

BASC. ¿Tiene algo que hacer urgente?

CEL. Hombre, la oficina... Claro que eso no es urgente nunca. Y más diciendo que me he entretenido aquí...

BASC. Un momento... Oiga, Alberto. ¿Iba usted a acompañar aquí, al señor?...

ALB. Sí, señor Bascary.

BASC. No se moleste. No se marche todavía. (*A Celedonio.*) Le necesito. Además, no se preocupe. Seguramente, vendrán ahora todos los de su negociado.

CEL. Siempre a sus órdenes.

BASC. (*A Alberto.*) Aguarde un segundo. (*A Adela.*) ¿Quería ver a Andrés, no es verdad?

ADELA. Sí, señor.

BASC. ¿Dónde está el señor Lagrange? (*A Alberto.*)

ALB. En el segundo patio le hemos dejado.

BASC. Acompáñele aquí, haga el favor.

ALB. Muy bien. (*Se va por la derecha.*)

M. LAG. (*Levantándose.*) Yo no quisiera volver a verle hasta el último instante. He sufrido mucho.

BASC. Como usted quiera. (*Oprime el botón del timbre eléctrico.*) Ahora la acompañarán al jardín. Yo le avisaré cuando llegue el momento.

CEL. Oiga, señor Bascary: ya le he dicho que estoy a sus órdenes. No sé para lo que me quiere... Pero de cualquier manera le ruego que no me deje solo... Vamos, que tenga yo siempre gente cerca... Mire usted que anda por ahí suelto un tal Bonaparte con unas intenciones bastante dudosas... y unos caprichos bastante estrafalarios. Se le antojó antes que me tirara por ese balcón al jardín. Yo... ¡qué quiere usted!, me fué imposible complacerlo.

BASC. ¡Oh, no le haga caso!

CEL. ¡Claro que no!

BASC. Es completamente inofensivo. Está aquí para el servicio de la casa, figúrese.

CEL. Sí, figúrese la catástrofe que va a haber aquí un día. Yo creo que se excede en sus funciones. (*Entra Luis por la derecha.*)

LUIS. ¿Llamaban? (*Celedonio, al ver entrar a Napoleón, se oculta tras de Bascary.*)

BASC. Acompañe a esta señora al jardín.

M. LAG. Tú ven conmigo, Magdalena.

MAG. Vamos, hija.

BASC. (*A Madame Lagrange.*) Por ahí, señora. (*Señala la puerta de la izquierda. Salen por la izquierda Madame Lagrange, Magdalena y Luis.*)

BASC. (*A Celedonio.*) Bueno, pues mire usted; le necesito, porque dentro de muy poco vamos a someter a Andrés a una prueba... (*Entran Andrés y Alberto por la derecha.*)

ADELA. ¡Oh, Andrés! (*Andrés, en cuanto entra, se pone a buscar algo curiosamente por todas partes. Inspecciona los rincones, golpea las paredes. Oculta bajo la americana una pequeña pizarra escolar. No tiene tiza ni pizarrín, y lo que busca es un pedazo de caliche, una costrilla de cal, que, desprendida de las paredes, le sirva para escribir en la pizarra la cifra "5.000", la más fuerte obsesión de su locura. Pausa.*)

ALB. ¿Manda usted algo más?

BASC. No; muchas gracias. (*Vase Alberto por la derecha. A Andrés.*) ¿Qué haces?

ANDR. (*Siguiendo su búsqueda; respondiendo a regañadientes.*) El pizarrín... Se me ha perdido el pizarrín... No tengo tiza... No tengo nada... Esos miserables me lo quitan todo, todo...

BASC. (*A Adela.*) Un poco de entereza... Sacará usted una impresión optimista; se lo aseguro. Hasta ahora. (*A Celedonio.*) Venga conmigo; le explicaré mi plan detalladamente. (*Salen Bascary y Celedonio por la derecha.*)

ADELA. Vamos, Andrés. ¿Qué buscas? ¿Qué quieres? Dímelo; quizás yo pueda dártelo.

ANDR. (*Sin hacer caso.*) ¿Qué vas a darme tú?... ¿Qué vas a darme tú? Si no queda una tiza, si no queda un pizarrín en el mundo... Todos me los han robado... (*Está en la terraza y se pone a golpear rabiosamente una de las jambas de la gran abertura del fondo. Como hablando con la misma jamba que golpea.*) ¡No serás tú más fuerte que yo! ¡No puedes serlo! ¡No quiero que lo seas! (*Cae un caliche al suelo y prorrumpe Andrés en un entusiástico alborozo.*)

¡Mira, mira, mira! ¡Te vencí! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya tengo tiza! ¡Ya tengo pizarrín! ¡Y éste sí que no hay quien me lo quite! ¡Que no hay quien me lo quite!

ADELA. (*Llorando.*) Ven aquí... Andrés... Ven a mi lado. Tenemos que hablar... Si tú supieras la buena noticia que tengo que darte.

ANDR. (*Viene al lado de Adela y le muestra el caliche desprendido de la pared, henchido de una ruidosa alegría infantil.*) ¡Mira, mira si soy fuerte! ¡Ya es mío! ¡Ya es mío!

ADELA. Pero ¿para qué quieres eso?

ANDR. ¿Que para qué lo quiero? (*Saca la pizarra de debajo de la americana.*) Pues para escribir una cifra, un número. ¡Mi cifra, mi número! Porque yo tengo una cifra que es mía, mía. (*Enérgico, golpeándose la frente.*) Y la tengo aquí, en la frente... (*Transición. Casi en un sollozo.*) Y aquí... en el corazón. Vas a verla, vas a ver mi cifra. (*Se tira al suelo con la pizarra y empieza a escribir en ella nerviosamente el número "5.000".*) ¡Oh, no puedo!... ¡No puedo!... Pero ¿quién se opone a que yo escriba mi número? (*Es que el pedazo de cal no escribe bien en la pizarra. Raspa el caliche violentamente contra el suelo.*) ¡No! ¡Puedo yo más que tú! ¡Tú vas a escribir! ¡Te lo mando yo! (*Al intentar nuevamente escribir la cifra, logra su propósito, y la escribe temblando de gozo y entre exclamaciones de un inefable regocijo.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya escribe! (*Ríe.*) ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Ya está! ¡Ya está! (*Se levanta y enseña a Adela lo que ha escrito.*) ¡Mira! ¡Cinco mil! ¡Cinco mil francos! ¡Este número es mío! ¡Porque yo... yo necesitaba cinco mil francos!... ¡Los necesitaba yo!... ¡Y los robé! ¡Yo los he robado! (*Exaltándose.*) ¡Yo soy un ladrón! ¡Yo merezco el desprecio del mundo! ¡Yo merezco el castigo de los hombres! (*Henchido de orgullo.*) ¡Pero yo he salvado a mi madre!

ADELA. Ya lo sé, lo sabemos todos. Pero en lo que estás equvicado es en lo del castigo.

ANDR. ¿Lo sabes tú?

ADELA. Naturalmente. Dicen tus jefes que habría que ser un malvado para no perdonar lo que hiciste.

ANDR. ¿Mis jefes? ¿Y quiénes son mis jefes? No sé nada... Yo no tengo jefes.

ADELA. Ven acá. Siéntate. (*Se sienta ella en una silla de las que están junto a la mesa del centro y señala a Andrés la de enfrente.*) Y deja aquí esa pizarra que te recuerda cosas tristes..

ANDR. (*Obedece. Se sienta a la mesa, frente a Adela.*) Como tú quieras.

ADELA. Y esta cifra vamos a borrarla. Nos entristece a los dos.

ANDR. ¿A ti también?

ADELA. Claro.

ANDR. (*Suplicando como un niño.*) ¡No la borres!

ADELA. Sí. (*La borra con su pañuelo y aparta la pizarrilla a un lado.*)

ANDR. (*Suplicando aún.*) ¡No la borres!

ADELA. Ya no tiene remedio. (*Pausa. Andrés se le queda mirando con curiosidad, como si la vista de Adela despertase muy tenuemente algún recuerdo en las profundas tinieblas de su memoria.*)

ANDR. ¿Te conozco yo a ti?

ADELA. Ya lo creo. Y mucho. Soy Adela. ¿No recuerdas?

ANDR. Adela... Adela... No sé... No recuerdo nada. Pero tú estás llorando... ¿Por qué lloras? Me miras y lloras... ¿Pero es que lloras por mí?

ADELA. De alegría de verte. ¡Figúrate! Hace dos meses que no nos veíamos.

ANDR. (*Sonriendo tristemente.*) ¡Está llorando por mí, pobrecilla! Tú debes ser muy buena... Dame tus manos... Quiero acariciar tus manos. (*Estrechando, primero, y luego acariciando las manos de Adela.*) Manos blancas de mujer... hechas para acariciar y para curar llagas y heridas...

Manos de nieve para la frente abrasada de los hombres... Manos de luz para los que perdieron la razón en el largo calvario de la vida implacable.

ADELA. (*Gozosamente esperanzada.*) ¡Sigue, Andrés, sigue!... ¿Cómo recuerdas eso? Lo has dicho muy bien. Son las frases de uno de tus libros favoritos... ¡Cuántas veces me las has recitado!

ANDR. ¿Quién, yo? ¿Yo? ¿Que yo te he recitado esas frases?... ¿Cuándo?... ¿En dónde?... ¿Por qué?...

ADELA. ¿Cuándo? Cuando me decías que me querías mucho. ¿En dónde? En cualquier parte; en tu casa, en la mía, paseando por las calles como dos novios... como dos novios que éramos. ¿Y por qué? Pues porque te gustaba mucho recitármela al oído, más por galantería que por sinceridad. ¿No te acuerdas?

ANDR. No sé... No sé... Has hablado de mi casa... ¿En dónde está mi casa? ¿Pero mi casa no es ésta?

ADELA. (*Señalando la campiña que se domina desde la terraza del foro.*) No, tu casa está detrás de aquellas colinas.

ANDR. (*Se levanta y, como un sonámbulo, se dirige muy despacio a la terraza.*) Detrás de las colinas me han dicho que hay una ciudad.

ADELA. (*Acude también al foro.*) ¡Ah! Te han dicho... ¿Lo recuerdas bien?

ANDF. Muy bien. Me lo repiten casi todos los días.

ADELA. Pues en esa ciudad vives tú, y tu madre y yo... todos los que te queremos.

ANDR. ¡Qué hermosa debe ser la ciudad detrás de aquellas verdes colinas!... Pero dime: si está allí mi casa, ¿para qué me han traído aquí?

ADELA. Para que respires estos aires puros del campo. Estabas muy débil. Habías trabajado mucho. (*Pausa.*)

ANDR. (*Mira fijamente a un punto, hacia la derecha,*

bajo la terraza. Indicando ese mismo lugar a Adela.) ¡Eh! ¡Eh!

ADELA. ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

ANDR. (*Temblando despavorido.*) ¡Mira! ¡Mira aquel hombre! ¡Allí, en aquel patio! ¡Se lo llevan a la fuerza! ¡El no quiere ir! ¡Y le empujan!

ADELA. No le empujan. Se lo llevan de ahí porque habrá hecho algo malo.

ANDR. (*Retrocediendo espantado.*) ¡No! ¡Los malos son ellos! ¡Los que le llevan a la fuerza! (*Se pega a la pared como defendiéndose de un enemigo invisible.*) ¡Ven, socórreme! ¡Tengo miedo! ¡Van a venir por mí! ¡Van a llevarme también a la fuerza!

ADELA. No, por ti no vienen. Tú eres bueno.

ANDR. ¡Van a encerrarlo!

ADELA. En su habitación; no en ningún calabozo. Aquí no hay calabozos.

ANDR. ¡Dí que no le peguen!

ADELA. Pero ¿quién le va a pegar? ¿Tú has visto que aquí le peguen a alguien?

ANDR. ¡No!... ¡No!... ¡Pegar, no!... ¡Pero amenazan siempre!...

ADELA. A los que se portan mal.

ANDR. ¿Y qué culpa tienen ellos de no ser buenos como yo?

ADELA. Vamos. Vamos. Tranquilízate...

ANDR. ¡Calla!... ¡Calla!... (*Escuchando.*) ¿No oyes? ¡Pasos que se acercan! ¡Y vienen por los dos! ¡Por ti y por mí! ¡Por ti, que eres tan buena! ¡Por ti, que dices que me quieres tanto! (*Irguiéndose.*) ¡No! ¡No! ¡Ya no los temo! ¡Tengo que defenderte! (*La ampara con sus brazos y vuelve con ella a la terraza.*) ¡Aquí la tenéis! ¡Esta mujer me quiere y la defiendo yo! ¡Es mía! ¡Que es mía! ¡Que vengan a arrancarla de mis brazos todos los malvados de la tierra! (*Entran Alberto y Celedonio por la derecha.*)

ALB. (*A Celedonio. Indicándole la puerta de la izquierda.*) Por allí. Verá usted la puerta del jardín, en seguida... Si no, pregunte a cualquiera.

CEL. Muchas gracias. (*Sale por la izquierda, no sin mirar a Andrés con un gran recelo.*)

ALB. ¿Qué es eso, señor Lagrange? ¿Qué le pasa a usted?

ANDR. ¡Defiendo a un ser más débil que yo!

ALB. Muy bien. Eso es digno de usted, señor Lagrange. Pero no tiene que defenderla de nadie ni de nada. Vamos, cálmese... Ande, venga conmigo.

ANDR. ¿Y ella? ¿Va a quedarse sola?

ALB. No; la señorita, si quiere, puede bajar al jardín, a reunirse con quienes ha venido.

ADELA. Sí, señor.

ALB. Vamos, señor Lagrange.

ADELA. Anda, ve con él.

ANDR. (*Se dirige a la puerta de la derecha, que es la que le indica Alberto, para salir andando de espaldas, sin dejar un instante de mirar a Adela.*) ¡Esta mujer!... Yo quiero... (*Se detiene contra el quicio de la puerta.*) Alberto... ayúdeme... Yo quiero recordar... ¡Esta mujer!... ¡Esta mujer!... (*Con desesperación. Casi llorando.*) ¡No es posible! ¡No es posible! (*Sale. Alberto sale detrás de él. Adela se va muy despacio hacia la puerta de la izquierda. Al llegar a ella, Celedonio entra por la misma puerta, corriendo, espantado, los pelos de punta, los pocos pelos que le quedan.*)

ADELA. ¡Jesús!

CEL. ¡Napoleón! ¡Napoleón! ¡Napoleón!

ADELA. Pero ¿está usted loco?

CEL. ¡Y quién no lo está aquí! ¡Mi madre! ¡Esto es una casa de locos!

ADELA. Claro que sí. ¿No lo sabía usted?

CEL. (*Mirando de lejos la puerta por donde ha entrado.*) ¡Napoleón! ¡Napoleón! ¡Napoleón! (*Entra Luis por la izquierda.*)

ADELA. (*A Luis.*) ¿Está la señora Lagrange todavía en el jardín?

LUIS. Sí, señorita. (*Vase Adela por la izquierda.*)

CEL. (*Iniciando mutis hacia la derecha.*) Bueno, Napoleón; me están llamando ahí dentro...

LUIS. (*Con naturalidad. Nada de gestos tragicómicos de mal gusto.*) Me harás el favor de no moverte de aquí, si no quieres que acabe contigo. ¿Por qué le dijiste antes a Alberto que yo te había invitado a tirarte por el balcón abajo?

CEL. ¡Chico, qué quieres! No me gusta abusar de las invitaciones de los amigos. Yo comprendo tu amabilidad... pero no hay que perder la cabeza.

LUIS. Pero ¿por qué te fuiste a él con el cuento?

CEL. Para que supiera hasta dónde llega tu cortesía.

LUIS. (*Sigue siempre en su naturalidad.*) Mira... no sé si perdonarte.

CEL. Sí, hombre, perdóname; ¿qué más te da?

LUIS. Bueno, te pondré tres salves de penitencia.

CEL. Con tal de que me salve, todas las salves que se te antojen.

LUIS. Ahora, cuando yo salga, te vienes aquí a la puerta (*Señala la de la derecha.*) y hasta que no desaparezca por el corredor, estarás gritando: ¡Salve, Napoleón! ¡Salve, Imperio de Francia! ¡Salve...!

CEL. ¡Sálvese el que pueda!

LUIS. ¡Salve, dinastía de los Bonaparte!

CEL. Muy bien. Descuida.

LUIS. Como dejes de gritar ante de que yo desaparezca, te mato.

CEL. ¡Qué vas a matarme tú! Te voy a dar una grita que se va a oír en Chihuahua. Anda, vete tranquilo.

LUIS. Adiós, Celedonio.

CEL. Adiós, querubín. (*En cuanto sale Luis por la derecha, cierra la puerta y echa la llave.*) ¡Tu señora abuela! ¡Pues sí que!... De manera que porque él esté loco, voy yo a estar aquí haciendo el tonto. (*Mirando por la cerradura.*) Vaya, un loquero que se lo lleva. Como vuelva otra vez voy a ser yo quien lo va a tirar a él por

el balcón abajo. (*Abre la puerta. Entran Vidart y Leopoldo por la izquierda.*) ¡Adiós, Napoleón, que te coja el rulo!

VID. ¿Qué dice este hombre?

LEOP. No sé. Le habrá contagiado el ambiente.

VID. ¡Celedonio!

CEL. (*Que hasta este momento ha estado mirando hacia el interior. Da un salto horrorizado.*) ¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¡Ay, son ustedes! ¡Creí que era Napoleón que había dado la vuelta!

VID. Pero ¿qué dice usted?

CEL. Un loco que anda suelto por ahí, que dice que es Napoleón, y que la ha tomado conmigo.

LEOP. Sí, Luis, un pobre diablo. Le conozco... Como vengo aquí casi todos los días... Le da esa manía de vez en cuando. Es muy gracioso.

CEL. Graciosísimo. ¡Da gusto! (*Mirando hacia la derecha.*) ¡El señor Bascary! (*Entra Bascary por la derecha.*)

BASC. (*Les da la mano.*) Muchas gracias, señores. Créanme que los he molestado muy a pesar mío. ¿El señor Esteve no ha podido venir?

VID. No estaba en la oficina cuando recibimos su aviso.

BASC. Voy a explicarles en dos palabras... tampoco hay tiempo para más, porque van a traer a Andrés ahora mismo. (*A Celedonio.*) ¿Tiene usted la bondad de bajar al jardín y decir a la familia de Andrés que suba cuando quiera?

CEL. Ya lo creo. Pues no faltaba más. ¿Para qué está uno aquí? (*Sale por la izquierda.*)

BASC. Voy a someter a ese pobre muchacho a una prueba muy dolorosa. Pero se ha presentado una oportunidad y a todo trance quiero aprovecharla. Dentro de unos minutos bajará por aquel camino (*Señala al ventanal de la izquierda.*) un entierro; el de una vecina de los alrededores. Mi propósito es el siguiente: mostrárselo a Andrés y decirle que es el de su madre, muerta, a pesar de todos los sacrificios del hijo por salvarla.

VID. ¿Y cree usted que al recibir una emoción tan fuerte?...

BASC. Vuelva la razón a su cerebro. Hay precedentes a favor de esta prueba; también los hay en contra, ¡quién lo duda!

VID. De cualquier manera... Si nuestra presencia puede serle útil...

BASC. La presencia de todos ustedes puede ayudarle a recordar el mismo trance que le enloqueció.

VID. ¿Qué opinan los médicos de la casa?

BASC. Es gente joven, y además está siempre atenta a su prestigio. De ustedes para mí, yo creo que temen el ridículo de una solución negativa. A mí sólo me preocupa que la intención sea buena y que el resultado no pueda perjudicar al enfermo. Ellos me dejan hacer, y yo, contentísimo. (*Entran madame Lagrange, Adela, Magdalena y Celedonio por la izquierda. Saludos en voz baja.*)

M. LAG. ¿Les ha dicho a ustedes el señor Bascary?... ¡Es horrible!

VID. Perdón, señora. Es una esperanza.

BASC. Lo espantoso sería que le dijera que no hay remedio posible. (*Adela llora en el foro. Está con Leopoldo. Este parece consolarla. Entran Andrés y Alberto por la derecha. Alberto vuelve a salir en seguida.*)

BASC. Andrés.

ANDR. (*Se le queda mirando.*)

BASC. Fíjate; tienes aquí a tu familia y a tus amigos.

ANDR. ¡Fué por mi madre!...

BASC. Por eso te perdonan todos.

ANDR. Cinco mil francos...

BASC. ¿No ves a tu madre?

ANDR. ¿Por qué lloran esas mujeres?

BASC. Contéstame. ¿No ves a tu madre?

ANDR. No sé...

BASC. Mira, fíjate. (*Llevándolo al lado de su madre.*) Aquí tienes a tu madre.

ANDR. (*Cogiéndole una mano.*) ¿Por qué lloras, mujer?

M. LAG. (*Se arroja en sus brazos.*) ¡Hijo mío de mi alma! (*Pausa.*)

BASC. (*Separándolos dulcemente.*) Bueno, Andrés... Anda, ven conmigo. (*Se va con él hacia la ventana de la izquierda.*)

ANDR. ¡Cómo me ha abrazado esa mujer! ¡Tiempo hacía que nadie me abrazaba con esa ternura!

BASC. (*Después de mirar unos instantes hacia el exterior de la ventana.*) Andrés, mira hacia allá. ¿Ves ese camino que cruza la montaña?

ANDR. Sí... Pero... ¡cuánta gente! ¿Por qué tanta gente a esta hora en el camino?

BASC. Fíjate bien, y te darás cuenta de todo.

ANDR. ¡Oh! ¡Acompañan a un muerto!

BASC. A una muerta, sí. Es muy triste. ¡Pero lo quiere Dios!

ANDR. ¡Y esas mujeres enlutadas!... ¡Y ese llanto de los familiares!...

BASC. ¿Tendrás entereza para oír lo que voy a decirte?

ANDR. (*Sin dejar de mirar atentamente hacia fuera.*) ¡Oh, qué dolores, qué tragedias nos reserva la vida! ¡Y la muerta podrá ser una madre! ¡Y los hombres enlutados que la lloran podrán ser sus hijos!

BASC. Escucha, Andrés... Sé fuerte, sé un hombre. ¿Te acuerdas del sacrificio que hiciste por salvar a tu madre?

ANDR. (*Los dedos engarfiados en los hierros de la ventana, como fascinado por el triste espectáculo, agitado el cuerpo de un temblor irrefrenable.*) ¡Y volvería a hacerlo! ¡Todo por salvarla!

BASC. ¡Pues fué inútil tu sacrificio!

ANDR. ¿Eh? ¿Eh?

BASC. ¡Dios la llamó a su seno! ¡Mírala! ¡Despídete de ella para siempre! ¡Es el cuerpo de tu madre el que llevan para darle reposo eterno!

ANDR. ¡No! ¡No! ¡Madre mía! ¡¡Madre!! ¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Es su hijo quien os lo pide! ¡Quietos! ¡Tomad mi vida por la suya! ¡Madre! ¡¡Madre!! (*Inicia una risa nerviosa como la del acto

segundo... La inicia solamente... Se vuelve de pronto, mira asombrado a los que están en escena, se lleva ambas manos a la frente y se tapa los ojos.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Pero es posible? (*Vuelve a mirar a todos y prorrumpe en un copioso llanto.*)

BASC. ¡Andrés!... ¡Andrés!... ¡Le hemos salvado!

ANDR. (*Perplejo ante la nueva vida que se abre a su inteligencia.*) ¡Gracias, gracias, Señor!

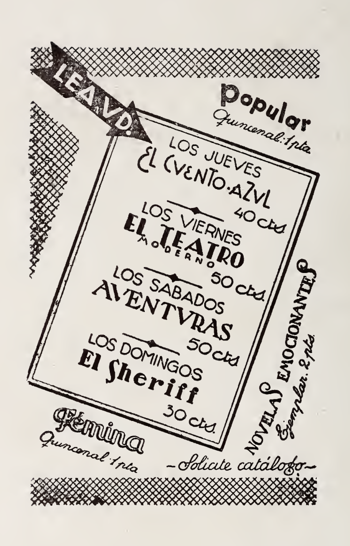
M. LAG. ¡Hijo de mis entrañas! (*Avanzando. Se abrazan madre e hijo, él sin proferir una nueva exclamación, en un mutismo mucho más emocionante.*)

ANDR. (*Al desprenderse, después de una larga pausa, de los brazos de su madre.*) ¡Adela!... ¡Magdalena!... ¡Amigos!... (*Abrazando a Bascary.*) ¡Y a usted mi adoración y la de todos los míos! ¡Adorarle, sí, cómo se adora a un dios!

TELÓN



A. AGUILERA, 38 MADRID APARTADO 8012



Imprenta Sáez Hermanos.—Madrid.
Martín de los Heros, 61.—Tel. 36327.